



*Daniela
Ramos*

Tengo un

Plan

B

TENGO UN PLAN B

Daniela Ramos

Título: Tengo un plan B

Autor: Daniela Ramos

Primera edición: Mayo, 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Prólogo

La copa de vino se tambaleaba por la fuerte vibración de la música y la tomé entre mis manos para que no fuera a hacer un desastre.

Arrugué la comisura de mis labios al ver que una gota había logrado derramarse y usé una servilleta de dentro de mi bolso de mano para limpiarlo. Soplé un cabello que había irrumpido en mi frente y al no obedecer a quitarse usé mis uñas para que volviera a su sitio de una vez. Las había pintarrajeado de rojo vivo para que hiciera juego con mi vestido favorito y también con lo que estaba segura de que pintaría mis labios.

La sensual abertura en la espalda me había otorgado varios tragos gratis y supuse que el escote en mi pecho también. Me encantaba vestirme de rojo, me hacía sentir poderosa. Además, que me lucía muy bien y torneaba mi figura de una manera espectacular.

Acaricié el piercing en mi nariz jugueteando con él un poco y miré hacia el otro lado de la barra encontrándome con que un hombre me miraba. No debía tener más de cuarenta, pero nunca había entrado en más allá que unas risas y un par de copas con alguien mucho mayor que yo.

Alzó la botella que tenía en la mano, con una sonrisa pícaro, el tipo de sonrisas al que ya estaba acostumbrada y bajó la cabeza como indicándome que me invitaba uno. El típico movimiento. Pero ya llevaba muchos en la noche y quería regresar completa a casa. Estaba segura de que mis plataformas no me ayudarían si bebía una vez más y tenía que subir las escaleras.

Le dediqué una sonrisa de cortesía alzando la copa de vino que había tomado

entre mis manos y negué con la cabeza entrecerrando por un momento los ojos, pellizcando la comisura de mis labios y el asintió, entendiendo mi seña.

Me levanté, haciendo sonar mis tacones preferidos por la forma en que hacían ver mis piernas y caminé, siendo dueña de algunas miradas. Las luces del bar habían comenzado a marearme y ya estaba segura de que era hora de irme. Una oleada de aire había hecho que mi cabello se moviera hacia adelante y pasé por frente de un pequeño tumulto para evitar que volviera a suceder tapándome con ellos. Apreté mis brazos hacia mí mismo cuerpo para lograr pasar y al liberarme respiré profundo poniendo las manos en mi cintura.

Un choque en mi hombro me hizo reaccionar, pero no más que el líquido que goteaba de entre el escote de mi pecho. Mi boca se abrió al sentir lo húmedo que escurría por todo mi vestido y un grito ahogado se atascó en mi garganta.

—Maldito estúpido—dije en voz alta, olvidándome de que en mi hogar de familia me habían enseñado que una dama no decía groserías.

Miré hacia arriba para encontrarme con un muchacho sosteniendo un vaso medio vacío con lo que quedaba de cerveza en él. Si mi cabello no cubriera mis orejas debido a que solo llegaba hasta un poco más debajo de mi cuello podrían haber salido volando de lo furiosa que estaba.

—Qué bonita boca, señorita—dijo, su voz rasposa, imaginé que por lo que sí había logrado beberse de la cerveza.

La sostenía en su mano como si no hubiese notado lo que acababa de pasar y una sonrisa irritante que si no la quitaba se la arrancaría yo misma. Algo brillaba entre sus labios y me di cuenta de que la argolla era parecida a la que yo tenía en la nariz. Era grande y robusto, pero no demasiado como para que diera miedo. Lo suficiente para que fuera atractivo y la camisa de vestir que cargaba puesta lo hacía dar a notar. Sus cejas gruesas y negras hacían juego

con su barba perfectamente arreglada. Tal vez si no hubiese arruinado mi salida triunfal pudiese haberme quedado a charlar con él, pero no, tenía que estropearlo. Su cabello estaba extraña y perfectamente despeinado y parecía que hubiese acabado de entrar al bar y ya hubiera hecho su primera estupidez. Varias personas se habían acomodado sin una pizca de discreción a averiguar de qué se trataba el revuelo, pero no le presté atención.

—Gracias, me lo han dicho mucho, pero no es momento de halagos porque acabas de botar tu maldita—apretó los dientes entrecerrando los ojos al volverme a escuchar decir la grosería— cerveza sobre mí.

—Calma, cherry¹—dijo pasándole el vaso a alguien que venía detrás de él, un joven de casi la misma contextura. Me miró y después de que sus ojos se quedaron pegados sobre mi pecho hizo a tomarlo, quedándose detrás de él— no te vi.

—No me pongas apodos Brahma²—me crucé de brazos. Lo húmedo me hizo apartarme de inmediato y escuché una risita pequeña de su parte. No había abierto su boca para eso, pero su ceja estaba alzada, en una actitud altanera— sé que no me viste. Pero ahora sí, y no veo que hagas algo al respecto.

1Cherry: Cereza en español.

2Brahma: Marca de cerveza brasilera.

—No es para tanto escándalo preciosa—intentó poner una mano en mi hombro para calmarme y la esquivé.

—Arruinaste mi vestido favorito, cretino. Si es para tanto—refunfuñé. Sabía que actuaba como una niña pequeña, pero estaba realmente furiosa. Y la sonrisa de “soy el rey del mundo” en su rostro no me ayudaba mucho.

—Te verías más hermosa sin él, no es algo de lo que tengamos que

preocuparnos—volvió a soltar esa risita a la que no había necesitado abrir la boca de nuevo. Rodé los ojos y tomando lo que había quedado de la cerveza de la mano del otro muchacho que andaba con él se la lancé en su acomodada y planchada camisa azul.

Su cuello se prensó y cerró los ojos, sin quitar la sonrisa de sus labios. Había escuchado los abucheos de las personas que se habían amontonado a nuestro alrededor para ver el espectáculo. Mordió el piercing, apretándolo entre sus dientes y los abrió para mirarme de frente. La luz del bar pegó justo en el momento en que lo hizo, como si hubiese estado preparada para enfocarlo y sus ojos verdes brillaron al igual que una esmeralda.

—A mano, Brahma—guiñé un ojo y crucé de su lado pisando con fuerza el piso, contorneando mis caderas al caminar. Podía sentir su mirada detrás de mí, había volteado para verme.

— ¡Nos veremos otra vez, Cherry! —gritó desde donde estaba.

— ¡Espero que no! —respondí sin voltear abriendo la puerta.

Capítulo uno

No sé en qué momento de locura había decidido cortar mi cabello. Me veía ridículamente graciosa si intentaba hacerme una coleta, pero también era excesivamente acalorado y desesperante tener los pelitos pegados a mi nuca y mi frente. Hice mover el flequillo hacia arriba sin obtener resultados satisfactorios al sentir que caía de nuevo en donde estaba.

Este era de los días donde pensaba seriamente al cruzar la calle para ir a mi trabajo quedarme parada hasta que el semáforo se pusiera en verde y que un coche acabara con mi estresante y agitada vida.

Okay, tampoco tan suicida. Pero si era de los días donde prefería quedarme dormida antes que levantarme para venir a trabajar. No había conseguido el compañero de mi zapato, mi lápiz labial del rojo que yo quería había desaparecido mágicamente y las perlas que me había regalado mi madre las había escondido en un lugar que ni yo misma podía recordar.

Había pintado mi boca de otro tono de rojo, me había colocado otras perlas que no eran las de mi madre y las zapatillas que me había puesto a pesar de que combinaban con mi blusa lastimaban mis tobillos.

No solía arreglarme demasiado para venir al trabajo y hoy era un día de esos. Ni muy arreglada, ni muy fachosa. Punto medio, estaba bien para mí.

Volteé diagonalmente hacia donde estaba sentada y chasqueé cuando vi que Hannah no había llegado. Hannah, mi única amiga en la ciudad. Era increíble que hubiese estado vivido por tanto tiempo aquí y sólo hubiese sido capaz de sociabilizar con una sola persona entre tantas. Pero no me quejaba, no estaba para anda arrepentida de eso.

Tecléé el nombre de algunos documentos que había tenido que guardar el día anterior vigilando por encima de la pantalla del ordenador para asegurarme de que no me descubrieran siendo irresponsable y suspiré cuando no vi a nadie venir.

—Qué pícara Mónica, estoy detrás de ti—mis hombros se levantaron, los cabellos que estaban pegados en mi nuca por el calor erizándose en cuanto la voz de Jennifer, mi jefa, había hecho cosquillas desagradables en mis oídos.

—Hola Jenny—la saludé, mi sonrisa de vergüenza saliendo a relucir. Frunció sus labios y después de pasar su mano por mi brazo caminó hacia adelante.

Jennifer siempre había sido una perra, pero era la única que me había dado empleo cuando no tenía experiencia trabajando en absolutamente nada. Estaba aquí desde que había cumplido la mayoría de edad para trabajar, hace cinco años, y aún seguía doblegándome un poco cuando escuchaba su voz. Me sentía como un ratón ante una víbora y nunca había dejado de ser así, ella sabía que lo era y lo hacía resplandecer a su conveniencia.

—Termina eso pronto, tienes que continuar con lo de hoy.

—Sí, sí—hice sonar las teclas con mis uñas y esperé a que siguiera caminando para resoplar y voltear los ojos ante mi quietud. Bajé los hombros que aun estaban erizados cual gato asustado y empecé a apresurarme con los documentos.

Nunca me habían ascendido tampoco, siempre había sido “Mónica la secretaria” Pero era bien pagada y me sustentaba todo lo que necesitaba así que a pesar de lo perra que podía ser a veces y de lo indignante que era que nunca hubiese subido de puesto, traté de acostumbrarme y me quedé aquí.

La revista Jenny’s, nombre muy original por supuesto, había sido una de las más exitosas en sus tiempos y aunque ahora relativamente lo era también,

había bajado sus ventas. De hecho, habíamos perdido personal por eso y era algo que nos afectaba y nos beneficiaba a la vez. No teníamos que pagar a más trabajadores, pero más tenían que hacer el trabajo de otros. Yo tenía que estar pendiente de la parte administrativa pero ahora que Carla se había ido, nuestra otra secretaria, era la que tenía que guardar los documentos de todo lo que se había hecho en la revista cada semana. Cada entrevista, cada reporte, cada artículo, todo. A pesar de ser algo sencillo, era algo realmente cansón.

Pisadas de tacón me hicieron ver arriba de nuevo y me encontré con Jennifer caminando otra vez hacia mi espacio.

—Había olvidado decirte, hoy viene alguien para una entrevista, atiéndelo bien —quitó las manos del teclado para recibir una carpeta que me estaba pasando y le fruncí el ceño.

— ¿Entrevista? ¿Algo para la revista o algo así? —sabía que yo tenía que guardar los documentos acerca de eso, pero hacerlas no era mi trabajo, así que no estaba segura de que estuviésemos hablando de lo mismo.

—De trabajo Mónica, ¿en qué mundo estás? —Apreté los dientes cuando palmeó sus manos provocando un sonido desagradable e irritante y continuó —viene por el puesto de ayudante.

— ¿Ayudante? ¿Tenemos puesto de ayudante? —La carpeta seguía en mis manos sin haberla puesto sobre la mesa —pensé que no estábamos contratando a nadie ahora.

—Pues ahora lo tenemos. Haz tu trabajo Mónica —dijo, expandiendo su botox en lo que parecía ser una sonrisa. Los pliegues de sus ojos ya se notaban evidentemente por la edad, pero sabía que no tardaría ni una semana en que desaparecieran con ayuda de una cirugía. Todo su cuerpo estaba hecho de plástico y eso me ponía los pelos de punta. Desde sus párpados levantados,

sus glúteos extremadamente grandes para sus piernas hasta el último cabello oxigenado que en realidad no era más que una extensión.

Entrecerré los ojos para imitar su sonrisa y se fue, tambaleándose en los tacones.

Resoplé más fuerte esta vez golpeando ligeramente el envase donde estaban todos los lapiceros y aprovechando que uno salió expelido, lo tomé para revisar de qué se trataba la carpeta.

—Joy Bennett —leí en voz alta lo que creí que era una ficha que tenía dentro. Estaba en letras negras y grandes, pero no había otra cosa en la hoja. Fruncí el ceño, extrañada y voltéé la hoja para ver si la había tomado al revés. Pero no, no estaba equivocada. No había más nada.

¿Qué?

Esto tenía que ser una broma. No había si quiera una foto, ni su dirección, ni su teléfono, sólo estaba su nombre en un estúpido cuadro azul. No había referencias personales, ni comerciales, sólo una hoja con su nombre, ¿qué clase de juego era este?

Hice chirriar mi silla cuando me levanté para llevarle la clase de locura que tenía en mis manos en cuanto la puerta de entrada que estaba al otro lado del pasillo sonó y supe que hoy definitivamente era el día de quedarme acostada en casa.

Entró, sacudiendo su franela manga larga metiendo después las manos en los bolsillos de su pantalón marrón. Tenía el aspecto de un modelo de los que había venido una vez, sólo que sin la cara de muñeco de cera y sin el cabello lleno de la cosa pegajosa que solían utilizar para que los pelos pudieran soportar hasta un huracán sin levantarse. Todas las facciones de su cara estaban perfectamente acomodadas como si lo hubiesen hecho con sumo

cuidado y su cuerpo grueso y con fachada de haber pasado su tiempo en el gimnasio y su color moreno claro que lo acompañaba consigo para lograrlo era lo que lo hacía parecer un sexy modelo brasilero. Sin mencionar ese toque ardiente que le sumaban sus ojos verdes.

Brasilero, cerveza. Claro. Sacudí mi cabeza antes de que la baba imaginaria se aproximara a salir. Ya recordaba porque había preferido quedarme en casa.

Entró, moviendo su cuerpo lentamente mirando hacia todos lados para ubicarse y unas manos de uñas largas y de plateado metálico se asomaron por sus hombros fuertes. Alzó las cejas sonriendo, agachándose un poco para saludar a Jennifer. Había notado que era alto, pero no sabía que tanto como para tener que agacharse, teniendo en cuenta que los tacones de Jennifer eran casi de mi tamaño. Está bien, exageré. No eran tan pequeños.

Lo tomó del brazo, apoderándose de su espacio personal y caminaron juntos hacia mí. Acomodé mi espalda y tragué saliva, preparada para lo que fuera que viniera. Al irse acercando entrecerró los ojos para mirarme y luego los abrió exorbitada mente cuando se dio cuenta que era yo, poniendo una sonrisa de sorpresa.

— ¡Cherry! —dijo, casi que gritando y respiré profundo queriendo que la tierra me tragara cuando la mirada de víbora asombrada me atrapó. De verdad sólo podía esperar que la tierra se abriera un hoyo y me ayudara a salir de esta situación vergonzosa en la que ahora estaba metida.

—Oh, vaya, que menuda sorpresa ¿Se conocen? —preguntó, viéndonos a los dos.

—No

—Sí—contestó él al mismo tiempo. Fruncí los labios, deseando que se callara y las cejas mal maquilladas de Jennifer se alzaron.

—Que confundida estoy, ¿él si a ti, pero tú no a él? —hizo sonar una risita. Claramente, hipócrita. Era el mismo tono que usaba siempre.

—No lo conozco, sólo lo he visto—respondí firme, volviendo a ponerme erguida cuando sentía que mis hombros caían por la sensación desagradable de temor que me provocaba su habla.

— ¿Sí? ¿Dónde?

Oh no, el interrogatorio. Si era irritante escucharla, mucho más lo era cuando sólo se dirigía para ametrallarte con preguntas. Más cuando su mirada no se quitaba de ti ni un segundo. Sabía lo intimidante que era, la odiaba por eso.

—En un bar, sin querer ensucié su ropa con mi cerveza—respondió, salvándome de haber tenido que contestar.

— ¿En un bar? Qué bonito lugar para una dama—entrecerró los ojos y ardió por dentro, intentando pasar la saliva que se me había hecho un nudo en la garganta— en fin, te dejo. Hazle una entrevista rápido, sólo por protocolo— movió sus manos agitándolas hasta llegar al brazo del chico, dándole una palmada—Nos vemos—sonrió, quitándola de inmediato al verme antes de voltear para caminar hacia su oficina.

Mantuve la calma hasta que sentí la puerta cerrarse y lancé la carpeta en mi mesa, soltando un chillido frotando las manos en mi cara. Los que estaban cerca de mi puesto habían volteado a ver y me senté para no seguir llamando la atención. Mis orejas estaban ardiendo y sabía que mis mejillas también, no hacía falta que me mirara en un espejo, era casi imposible no sentir lo caliente que estaban.

Pasé los dedos por mi nariz, como solía hacer cada vez que estaba estresada y suspiré, ensanchando mis hombros para volver a mi estado natural. Pero miré hacia adelante y todo casi se viene abajo cuando vi su expresión.

Era la misma sonrisa que había puesto cuando el reclamé por haber botado su bebida sobre mí, de “soy el rey del mundo, ámenme”. Las sonrisas no hablan, pero estoy segura de que eso era lo que él quería decir con ella.

—Sorprendente—rió un poco. Supuse que lo decía por mi pequeño show hace unos segundos, pero no le presté atención a su arrogancia.

—Jennifer te contratará haga las preguntas que te haga, así que sólo para aligerarme el día, vete y dile que ya te entrevisté—dije apartando la mirada pasándole su carpeta. El tacto de su mano fría hizo que los vellos de mi brazo se erizaran y tuve que poner mis ojos sobre él cuando sentí que me agarraba los dedos junto con la carpeta.

—No seas tan arisca, no me llevaré mis papeles de vuelta

— ¿Papeles? —bufé—sólo es un estúpido cuadro con un nombre.

— ¿Qué más necesita Joy Bennett más que su nombre y su propia presencia para una entrevista? —el piercing de su labio jugueteó contra sus dientes cuando su boca se amplió de nuevo en esa sonrisa y me provocó una sensación extraña en el estómago.

—Dejar de ser “Joy Bennett” —rodé los ojos haciendo las comillas con mis manos— debías, aunque sea poner tu numero telefónico, o tu dirección o algo que pudiera servir para un currícul.

—Eso no tienes que pedírmelo linda, lo puedes tener cuando quieras— resoplé y el pellizcó su boca— No sé por qué estás tan molesta, tú también arruinaste mi vestuario esa noche, era la primera camisa que planchaba en años.

—No era tu camisa favorita—me quejé, recordando lo mucho que me había costado quitarle el olor a cerveza a mi precioso vestido.

—Tú no sabes eso.

— ¿Lo era?

—No, en realidad no—batuqueó sus piernas.

—Dios, eres una patada en el trasero—resoplé tomando el lápiz que se había caído rayando una gran J en la portada poniendo la carpeta que se había negado a tomar debajo del escritorio donde estaban los demás archivos. Sabía que no era nada profesional hablar así en el trabajo y mucho menos con alguien que efectivamente entrevistabas para tu personal, pero de verdad lo era— estás listo, ya puedes irte.

—No me has preguntado nada Cherry

—No quiero preguntarte nada Brahma, no me pongas apodos—hice sonar mis cortas uñas sobre la mesa.

—De eso se trata una entrevista ¿o no?

—Te contratarán te la haga o no, ¿no estás bien así? —arrugué las cejas.

—Nop—sus labios sonaron en un pop muy gracioso y contuve la sonrisa que quería sacar—quiero ganármelo.

Respiré profundo aligerando la carga imaginaria que tenían mis hombros e hice girar el lapicero entre mis dedos.

—Bien—dije al fin pellizcando mis mejillas volviendo a sacar la carpeta rayando en la hoja donde tenía su nombre. Trataba de buscar en mi mente preguntas posibles que hacerle, teníamos tanto tiempo sin buscar personal que había olvidado como se hacía una entrevista. Además de que siempre había alguien que redactaba las preguntas. Odiaba ser yo la que había tenido que tomar el puesto de todos los que se habían ido prácticamente. Apreté mi lengua contra mi encía y después de recordar un poco el protocolo la formulé

— ¿has tenido experiencia en este puesto antes? —claro, qué mejor que un cliché.

— ¿De ayudante? Sí, pero no en este campo.

—Bien ¿en cuáles?

—Eso es información clasificada—rió.

—Estoy haciendo todo lo posible por no apuñalarte con este bolígrafo, tienes que ayudarme tú también. Quieres que te haga preguntas, respóndelas.

—Okay okay, pero esa no—fruncí los labios y sin perder la calma, escribí.

— ¿Sabes qué? Hagamos algo, internet siempre tiene todo

— ¿Internet? ¿Buscarás mi información en internet? Puedo parecerte una figura pública linda, pero siento decepcionarte, no lo soy.

—No, Brahma, sólo buscaré las preguntas que te haré, no gastaré mi tiempo pensando en cosas que no me beneficiarán a mí

—Claro que te beneficiarán, trabajaré contigo—lo miré y me guiñó un ojo.

Tecléé “preguntas para entrevistas”, cosa que no fue muy original pero como era de esperarse y gracias al cielo apareció. Bien, al menos no tendría que pensar tanto. Bajé hacia donde estaban y después de leer una que otra, pregunté la que había visto más factible.

— ¿Trabajas en algún otro sitio?

—Podría decirse que no

— ¿Podría decirse? Supongo que es por tu horario, ya sabes, necesitamos que estés a tiempo completo aquí

—Estoy bien con eso, puedo estar a tiempo completo, no es algo de lo que haya preocuparse.

—Perfecto—lo escribí también— en tu último trabajo ¿cuáles fueron tus logros más importantes?

— ¿Eso está allí? —preguntó, alzándose de la silla como si quisiera ver la pantalla del ordenador.

—Sí—rectifiqué— en preguntas laborales, ¿por qué?

—Pásala—movió su mano hacia la derecha.

— ¿Cuál de tus anteriores trabajos te ha gustado más?

—Ahm—pasó la lengua por su piercing—pásala.

— ¿Ah?

—Pásala, debe haber otra.

— ¿Por qué dejó su anterior trabajo?

—Jesús, ¿solo están esas preguntas? —volvió a moverse hacia adelante. Lo que creí que era una marca por dentro del cuello de su franela sobresalió y llamó mi atención en cuanto quedó cerca de mí.

Un tatuaje, eso era.

—Son preguntas normales para una entrevista—alzó una ceja—según Google. ¿Cuál es el problema?

—Son algo curiosas

—Oh—hice sonar mi boca contra mi lengua— el señor ego es reservado, que sorpresa

—Debe haber otras preguntas que no involucren trabajos anteriores

— ¿Muchos problemas con ellos?

—Busca—ordenó, haciéndome apretar los dientes. Pulse click en siguiente y

volteé el ordenador para que pudiera verlas.

—Esa me gusta, la de hablar otros idiomas—no pude evitar soltar una risita.

— ¿Lo haces?

—*Meu amor*³ —mi boca se abrió—no has de ponerme así sólo por una marca de cerveza.

— ¿Eres brasileño?

—No—negó la cabeza riendo— mi madre sí.

—Wow ¿de verdad?

—Ajám—subió los pies a la baranda que tenía la parte de debajo de la mesa.

—Nunca lo hubiese imaginado—puse la mano en mi barbilla. De verdad estaba sorprendida. De ahí su aspecto caliente, tal y como había dicho, igual a un modelo brasileiro—pues bueno, al menos has contestado una—me encogí de hombros moviendo el mouse, intentando tapar mi asombro—las que siguen no creo que te gusten—entrecerré los ojos para leerlas.

— ¿Por qué? ¿Todas son de esas? —Se acercó para ver— Claro que no, estas son buenas.

— ¿Estas? ¿En la sección de preguntas personales? ¿Qué clase de persona reservada eres?

—Lanza una—se relajó en la silla. Preparé mi bolígrafo y fruncí los labios.

³Meu amor: “Por supuesto amor” en portugués.

— ¿Cómo te describirías?

—Impulsivo—dijo, sin pensarlo. Me había asustado al momento su rapidez

para responder, porque yo no habría sido capaz de hacerlo con tanta seguridad. No era buena contestando esa clase de preguntas.

Que gracioso, polos opuestos. Asentí anotándolo y bajé.

— ¿Cuál crees que serían tus mayores defectos?

—Ser impulsivo—contestó de nuevo, rápido.

—Espera, ¿crees que tu propia descripción es un defecto?

—Ser impulsivo tiene su lado bueno y malo, como todo. Me define, pero me agobia también.

—Que profundo—bromeé, cuando en realidad si me lo había parecido. Admiraba su capacidad para estar tan seguro de sí mismo— ¿Cómo ve su vida de aquí a veinte años?

—Sólo espero estar vivo—asentí sonriendo.

—Eso si lo hubiese contestado yo.

—Te hice sonreír, eso es mejor que el puesto—mencionó juntando sus manos como si fuese a aplaudir y arrugué mi boca, cambiando mi expresión.

— ¿Cuál es su estado civil?

—Soltero

— ¿Tiene hijos?

—No por ahora

— ¿Por ahora?

—Sí, uno nunca sabe—volteé los ojos. Nunca había hecho tanto ese movimiento.

— ¿Tienes un tic o algo así?

— ¿Qué?

—Tus ojos, no dejan de moverse —estuve a punto de rodar los ojos de nuevo cuando me detuve haciendo una sonrisa de medio lado.

— ¿Por qué deberíamos contratarlo? —Aplaudí— Oh, al fin una pregunta de importancia.

—Y la más fácil de responder, mírame—le hice caso, sin entender que quería decir— Soy Joy Bennett—sonrió.

— ¿Te han dicho que eres realmente desesperante?

—En ciertas ocasiones, sí.

—Que bueno, al menos lo sabes—pellizqué mi boca— última pregunta ¿tienes una pregunta? —solté una pequeña carcajada por la redundancia y lo miré fijamente esperando a que dijera algo de eso.

—Tu nombre

— ¿Qué?

—Tu nombre ¿cuál es? Cherry te queda espectacular, pero quisiera saber tu nombre. Tú sabes el mío.

— ¿Cómo no saberlo? Eres Joy Bennett—dije usando un acento chillón forzado pestañeando varias veces a propósito cuando dije su nombre. Hizo lo que creo un chasqueo de dientes, pero no cambió su expresión ni su sonrisa—
Mónica. Mónica Becker. A secas.

— ¿Te llamas Mónica? Qué bonito

—Sí, algo—moví la cabeza. Unas pisadas nos hicieron voltear y Jennifer se acercó moviendo un abanico contra su cuello. Oh no, no de nuevo.

— ¿Ya está listo? Noté que se estaban tardando algo

—Ya está, su número y esos detalles preferiblemente se los pide usted, en un rato guardo la entrevista—dije levantándome del escritorio para escapar al baño antes de que explotara.

—Cherry ¿te vas?

La mirada de Jennifer de por sí no me gustaba y la que estaba usando para mí ahora tampoco era de mi agrado. Pero en cuanto escuchó eso puedo jurar que si no me hubiese quitado me hubiese pulverizado con ella. ¿Cuál era su puto problema?

—Los veo luego—fue lo único que dije señalando el camino hacia donde iba. Las zapatillas estaban lastimando mi tobillo al punto que apenas entré y cerré la puerta las lancé fuera de mis pies. O tal vez sólo fuera todo el estrés acumulado que tenía justo ahora.

Cerré la tapa del inodoro para poder sentarme y suspiré.

Mamá me había dicho muchas veces que no debía ser condescendiente. Me lo había repetido una y otra, cada vez que papá la golpeaba e iba a mi cuarto donde solía esconderme cuando eso empezaba. No quería que fuera como ella. Ni que mi vida terminara siendo un asco, como la de ella, así decía, sólo porque no sabía darme mi puesto.

Lo podía reproducir en mi mente cada vez que me sentía menos junto a Jennifer. Nunca había tenido problemas por esto, de hecho, a muchas personas no les agradaba tenerme cerca porque solía ser grosera cuando algo me molestaba. Sabía decir las cosas. Y simplemente no era una virtud el quedarme callada. Pero con Jennifer todo había sido diferente, había sido la única perra a la que nunca había podido contestarle en la vida. La única perra con la que no había sido una perra.

Choqué mis uñas contra mis muslos y después de sacudir mi cabeza me

levanté, volviéndome a poner las zapatillas. La puerta era algo dura para abrir así que tardé en poder salir.

Visualicé afuera asegurándome de que ninguna de las dos personas que no quería ver ahora estuvieran y suspiré de alivio al ver que mi escritorio estaba vacío, esperando por mi llegada.

Sólo quería sentarme y morir en mi puesto. Hacer mi trabajo e irme a casa. No quería tener que volver a pasar una escena como esta.

Hice sonar mis dedos y mi cuello y comencé a guardar a la velocidad de la luz todo lo que no había documentado antes. En menos de diez minutos ya tenía todo lo del día anterior. Sonaba horrible decirlo porque eso sólo me afirmaba que las cosas de este día aún faltaban, pero al menos no tenía que preocuparme porque la víbora viniera a hacer comentarios sobre eso.

— ¿Por qué te fuiste así? —Salté en mi puesto chocando mis piernas contra el escritorio y me quejé cuando la punzada de dolor apareció— ¿Te asusté?

— ¿Qué estás haciendo aquí? —lo miré volteando, enfadada. ¿Cómo había quedado detrás de mi silla sin que lo notara?

—Se supone que soy el ayudante, tengo que buscar a alguien a quién ayudar.

—Pues ve a buscar a otra persona, ni siquiera sé que se supone que deba hacer un ayudante—moví los papeles para ponerlos sobre el teclado.

—Lo acabo de decir—pestañeó. La expresión que tenía ahora me recordaba a la del gato con botas en mi película favorita, pero sabía que tarde o temprano lanzaría un comentario arrogante así que cerré los ojos y moví mi silla de nuevo hacia el frente de la pantalla.

—No quiero que Jennifer me vea cerca de ti, ve al departamento de fotografía, tal vez allí necesiten tu ayuda

— ¿Por qué no quieres que Jenny te vea cerca de mí?

—Porque no, ve—le hice señas con la mano.

— ¿Le tienes miedo? —una sonrisa se asomó en sus labios. Lo sabía, se tardó más de lo que yo creía.

—Vete—ordené, sin mirarlo.

—No es nada de lo que te debas avergonzar, yo también temía de mi jefe en mi primer trabajo

—Oh, hablaste de eso, tal vez el señor reservado no sea tan reservado como dice ser—escuché su risa junto con el tecleado que había comenzado de mi parte.

—Llámame si necesitas algo—dijo haciendo sonar sus zapatos. Solté la misma risa que Jennifer usaba.

—Si necesitara algo, créeme que no te llamaría a ti Brahma —sus dedos se posaron en los míos por un segundo y me sorprendí de que aún estuviesen tan fríos.

—Yo no creería eso—afirmó, dejando un papel pequeño sobre mi mano. Rodé los ojos y cuando supe que se había ido, sin que me descubriera, la curiosidad me ganó y lo abrí.

“Lo abriste porque sabes que lo harás”

Estúpido, pensé, buscando ocultar una sonrisa y el papel en la tapa de mi teléfono.

...

—Mamá, sabes que te amo, pero es difícil ir allá en estas fechas, la revista

tiene más compras cuando es verano.

—Sólo es un día Mónica, vamos, no seas mala con tu madre—reí, escuchando el eco en el teléfono.

—No soy mala mamá, sólo te digo la verdad.

—Te estaré esperando, tienes que venir, Bob quiere conocerte—dijo, con un tono de emoción. Tenía años que no escuchaba a mi mamá de esa forma, así que ese tal Bob debía haberla estado haciendo feliz. Me había contado de él hace poco y no puedo negarlo, me asusté de saber que salía con una persona. La pasó muy mal cuando mi papá por fin decidió irse. Lo llamaba así sólo por educación, él no era mi papá. Si hablamos del hecho de que me engendró sí, pero él no era mi papá.

—Yo también quiero conocerlo mamá, te prometo que apenas me desocupe iré, de verdad—aseguré tomando una galleta del estante donde las había puesto el fin de semana cuando las compré. Me sorprendía que hubiesen sobrevivido tanto.

—Eso dijiste hace un mes y medio—abrí la boca, un pedazo de galleta aproximándose al piso.

Wow, en realidad si era una mala hija. No veía a mi madre desde hace un mes y medio. La sentía cerca todo el tiempo porque siempre la llamaba, pero en verdad la había dejado descuidada. Era hija única, así que, si no la visitaba yo, nadie lo haría.

—Perdóname mamá, soy la peor—me lamenté frotando mi frente— iré, te lo prometo.

—Está bien cariño, mamá siempre estará aquí igual—soltó una risita y sonreí, queriendo abrazarla.

—Lo sé, te amo mucho.

—Yo también te adoro preciosa, tengo que ir a cocinar, hablamos mañana ¿sí?

—Está bien, te veré pronto, ya verás

—Eso espero, adiós mi niña—y colgó.

Me lancé en el mueble que estaba en mi sala de estar, el cual se había convertido en mi cama después de haber sacado mi ropa para organizarla y efectivamente no haberlo hecho. Me arrojé con la sábana pensando en que sí tenía que ir.

La casa de mi madre estaba al otro lado de la ciudad y por eso no iba muy seguido, pero antes solía visitarla más que ahora. Esta vez me había pasado y ni siquiera lo había notado. Me sentía como la peor hija.

Me había mudado en cuanto cumplí la mayoría de edad y pude buscar un lugar propio.

Había insistido en no dejar a mi madre sola, pero ella sabía que en donde vivíamos, nuestro pequeño pueblo, no había muchas oportunidades para salir adelante. No había ni una sola universidad y, por lo tanto, estudiar no fue la primera opción que tuve al salir de secundaria. Aún pensaba en iniciar una carrera, había empezado a trabajar tan rápido cuando llegué a la ciudad que me había acostumbrado al dinero y me olvidé por completo de ello.

El lema de mi madre se había convertido en “no seas como yo, busca tu propio camino”, como si aún se tuviera rencor por todas las decisiones que había tomado. La entendía, al crecer tienes que tomar decisiones diferentes, buscar el camino correcto. Si te equivocas, tienes que arreglarlo y asegurarte de salir adelante. Pero ella se había estancado y no hacía más que reprocharse por eso.

Mi padre, como llamo por educación, era un hombre que mi madre conoció cuando tenía mi edad. Salieron por un tiempo, se enamoró y como toda joven extasiada e ingenua pensó que nunca encontraría a alguien igual a él, estaba segura de que él era el amor de su vida. Producto de su profundo amor, después de unos años, nació yo y decidieron que era hora de vivir juntos e iniciar una familia. Parecía una excelente idea al principio. Pero, como era de esperarse ya que ahora sabemos el final, no resultó.

Empezó a llegar tarde, todos los días, oliendo a alcohol. Marcas de pintalabios y mordidas en su cuello eran los aperitivos que traía para la cena. Comenzó a ser grosero y en la casa solo se oían sus gritos e insultos.

Oía llorar a mi madre, en las noches, junto a mi cuarto, y comencé a entenderlo cuando cumplí seis.

Nunca llegué a recibir un abrazo, un beso o alguna palabra de ese hombre que en todos los papeles legales se hacía llamar mi padre. Tampoco lo quería, me daba asco el sólo sentir cuando se aproximaba a mí para mandarme a hacer algo. Nunca lo vi como mi padre, ni siquiera cuando apenas podía pronunciar mi nombre sin equivocarme, aquel hombre que nos insultaba sin piedad y lastimaba a mi madre no podía ser mi papá.

El tiempo en que ya ni siquiera llegaba se hizo presente, y ahora siempre estaba borracho en la casa. Dejó de trabajar y mi madre ahora tenía que buscar el sustento para los tres. No lo crean, vi a mi madre intentar muchas veces sacarlo de su vida, puede decir que al menos lo intentó. Y fue cuando los golpes empezaron a hacerse protagonistas de las escenas.

Ya mi madre no lloraba junto a mi cuarto, entraba y trancaba la puerta para acurrucarse conmigo. Usaba lentes de sol todo el tiempo, para ocultar los moretones. Pero ni las trancas pudieron detener en lo que se convirtió aquel hombre. Me gané moretones también por enfrentarlo, incluso aún se podían

ver algunas marquitas de golpes que intentaba tapar con maquillaje. Llegué a ir a clases muchas veces con ellos. Pero nadie más que mi madre y yo sabíamos lo que pasaba en esa casa.

Necesitaba que mi madre hiciera algo al respecto, que fuera más que quedarse parada con la cabeza gacha esperando a que ese hombre la lastimara. Así que cuando después de muchos intentos la convencí de que lo denunciara porque no sólo era ella la afectada de todo esto, él se fue.

Desapareció, de repente. Un día ya no estaba en casa y casi que podía oler la paz. Tenía dieciséis y un corazón roto. No porque se hubiese ido, nunca me dolió ese hombre. Me dolía ver llorando a mi madre pidiéndome perdón por todo lo que nos había hecho.

Fueron etapas de mi vida que no me gusta recordar. Pero que no podían evitar pasarse por mi mente cada vez que quería iniciar una relación. Nunca había tenido novio por eso. Le temía a la sensación de creer que todo sería igual a lo que mi madre había vivido. Eras algo que me acompañaba y que a pesar de que quería dejar atrás, los comunes reproches de mi madre hacia sí misma hacían que aparecieran todo el tiempo.

Pero, en fin, tendría que pedir permiso un día para visitarla. Quería conocer al hombre que la estaba haciendo cambiar su tono de voz sombrío.

Revisé la hora en el reloj de mesa que estaba en frente y vi que ya eran las once treinta. Sería mejor que me durmiera antes de que mañana no pudiera despertar.

“Dulces sueños Mónica” me dije a mí misma imitando la voz de mamá.

Capítulo dos

Tal y como lo había predicho, estar despierta a la hora había sido un desafío dudoso de cumplir a cabalidad. Apenas me encontraba bañándome con la velocidad del rayo, sacándome el jabón lo más rápido que podía. Estaba frita.

Salí, sosteniéndome y gritando contra la puerta del baño cuando creí que me caería por lo mojado que había dejado el piso y secándomelos con la alfombra corrí hacia mi clóset.

Lo primero que hacía siempre, era pintar mi boca. Tenía que ocurrir algo sobrenatural para que saliera sin haberme pintarrajeado los labios. Era casi una regla sobre mi cuerpo. Apreté mi boca para que el color quedara uniforme y tomé lo primero que encontré en el armario. Tenía que apurarme.

Un piteo en mi celular hizo explotar mi cabeza y lo revisé para ver quién podía ser.

“Diablos, ¿te quedaste dormida? es extremadamente tarde” rayos, era Hannah, hasta ella lo sabía. Ayer no la había visto por ninguna parte y tampoco me había preocupado por llamarla o buscarla. Definitivamente era la peor en todo.

Me metí como pude en un vestidito que había comprado hace años que dejaba mis piernas completamente descubiertas, acomodándolo para que no quedara tan corto. No es como que mi metro sesenta hubiese cambiado de allá a este tiempo, pero fue pura costumbre. Las toqué para asegurarme de que aún el efecto de la depilación no hubiese desaparecido y suspiré al ver que sí, aún estaba ahí. Una de las zapatillas que estaba buscando ayer se asomó por debajo de la mesita de noche y la capturé en mi pie, buscando a tientas

donde había recordado ver la otra. Amarré la cartera a mi brazo y después de poner un poco de talco en mi cara salí corriendo para cerrar todo con llave.

Un autobús sonó a la esquina y maldije todo al saber que era el que siempre tomaba en las mañanas. Golpeé la llave contra la puerta para que se cerrara rápido y salí corriendo hacia la esquina, montándome exactamente cuando estuvo a punto de arrancar. Me había tambaleado al subirme y uno de mis pies había salido de la zona del escalón.

Unas manos me agarraron adentro para que no me resbalara y tragué saliva al sentir el alivio de mis bolas imaginarias bajando de mi garganta al creer que me caería solo por no llegar a un trabajo en el que particularmente no me sentía atraída de ir. Hubiese sido muy triste que mi causa de muerte hubiese sido esa.

“Chica joven muere mientras se preparaba para un trabajo al que no quería ir”
Jajá, patético.

—No vuelvas a hacer eso, te hubieses caído muy fácil —aún me encontraba atónita y asustada por lo que acababa de pasar, pero esa voz me hizo reaccionar completamente. Oh, rayos, las bolas imaginarias volvieron a mi garganta. No hizo falta mirarlo para saber que era él.

—Oh por Dios, ¿estás siguiéndome? —pregunté, sintiendo como el aire de afuera volvía un nido de pájaros mi cabello. Aún estaba casi en la puerta, no había conseguido subir hasta el pasillo de los asientos.

—En serio estuviste a punto de caerte, ¿no era más fácil tomar otro autobús?
—volvió a mencionar, ignorando mi pregunta. Sus cejas estaban arrugadas mirándome fijamente, sus manos apretándose con fuerza sobre mis brazos. Olía a menta, como si se hubiese tragado un frasco de ellas. Delicioso.

—Tengo que llegar temprano al trabajo —respondí, haciendo pasar de nuevo

la saliva por el espacio que quedaba entre mi garganta.

—Casi no llegas —refunfuñó, como si de verdad estuviera molesto.

— ¿Podemos subir? Tal vez aquí no lleguemos los dos —me quejé, intentando que los bichos que volaban con el aire no se metieran en mi boca.

Asintió agarrando mi cintura y sólo porque quería subir con seguridad no lo aparté. Me empujó delicadamente hacia un asiento que estaba libre y se acomodó a mi lado.

Pasé las manos por mi cabello que estaba hecho un desastre y desafiando las leyes de no hacerte una coleta si usas el cabello corto, me lo amarré en una.

— ¿Estás siguiéndome? —pregunté, llamando su atención.

—No te creas tan importante Cherry —tocó el piercing de mi nariz, dejándome estupefacta —me quedo por aquí cerca, me dijeron que este autobús pasaba todos los días y mi coche está descompuesto.

—Es una horrenda casualidad —dije cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Se dice gracias, pero supongo que me conformaré con eso —sonrió.

Mi expresión se suavizó, acertando en que realidad debía agradecerle y me apené por haber parecido tan grosera.

—Lo siento Joy, gracias —dije asintiendo con la cabeza.

—Está bien, acostumbro a salvar damiselas en peligro todos los días — sacudió su mano y solté una risita —y me has llamado por mi nombre, es un gran comienzo.

—Siento haber sido tan grosera —finalicé, queriendo sentirme en paz conmigo misma. Sonrió, el piercing de su boca jugueteando entre sus dientes. Se escuchaba diferente cuando no intentaba ser un idiota.

Hizo sonar su cuello y volteé para ver el tatuaje que me había dado cuenta de que sobresalía de allí. No podía deducir que era así como con sutileza me acerqué, moviéndome en el asiento entrecerrando los ojos para ver bien.

—Es una paloma —dijo, asustándome. Me eché hacia atrás en un salto lo que provocó que riera por un buen rato.

—No... no estaba viendo eso —tartamudeé, cubriendo mi oreja con una mano para que no pudiera verse lo avergonzada que estaba.

—Es una paloma negra —repitió tirando hacia abajo la tela de su suéter para que se pudiera ver con claridad. Asentí varias veces, sin quitarme la pena, pero curiosa de verla.

—Es muy linda, ¿significa algo?

—No, sólo me gustan las palomas —explicó, relajado.

El autobús hizo sonar la bocina cuando se detuvo en la parada donde debía bajarnos y le hice señas para que se levantara. Me dejó pasar primero y agradecí con una sonrisa de medio lado apresurándome a la puerta. Un pie chocó con el escalón que ahora llamaría el escalón de la muerte y me fui hacia adelante soltando un gritito.

—Rayos Cherry, ¿eres así de descoordinada siempre? —murmuró riéndose mientras me sostenía de los brazos.

—Creo que no —sacudí la cabeza volviendo a meter el pie en mi zapatilla.

—Es el efecto que causo en todas, no te sientas mal por eso —rodé los ojos, su personalidad exuberante apareciendo.

Caminé por delante, luchando con la puerta para abrirla y apenas entré corrí hacia mi puesto. Jennifer no se veía por ningún lado y vi a Joy dirigirse hacia su oficina. Al menos era seguro que no estaba cerca, así que podría hacer mis

cosas en paz.

— ¿Llegaste con el nuevo? —escuché a mi lado extrañándome. Hannah acomodó sus gafas hasta el puente de su nariz y me miró expectante de que le respondiera.

—Dios Hannah, al fin te veo—suspiré aliviada.

—Ayer saliste expelida sin recordar por un momento que tenías una amiga—sonrió de medio lado, no estaba molesta, sabía que no. Si lo hubiera estado posiblemente ni siquiera me hubiese dirigido la palabra. Nadie quería ver a Hannah molesta.

—Perdóname—tomé sus manos— de verdad, el día de ayer no fue muy bueno—ladeé la boca, triste.

—Está bien, me di cuenta. Jennifer hace del día de cualquiera un día horrendo—sonrió y le devolví la sonrisa, asintiendo. Hannah era la única, incluso sin contar a mi madre porque no me había atrevido a contárselo, que sabía de los problemas internos que tenía con nuestra jefa. Y sabía también lo perra que podía ser siempre y cuando ella no estuviese cerca—Entonces—alzó la ceja— ¿llegaste con el nuevo? —mordió sus labios, curiosa.

— ¿Con el nuevo? —pregunté y ella acomodó sus lentes de nuevo hasta el puente de la nariz asintiendo—Ah, Brahma—dije en voz baja—Ahm no, sólo tomamos el mismo autobús.

—Osea que si llegaron juntos —dijo, como si fuera obvio acomodando su trasero sobre el escritorio. Alcé las cejas y sonreí por su atrevimiento.

—Claro que no, no veníamos juntos, sólo fue una casualidad —recordé lo que había dicho de lo horrendo y mordí mis labios apenada conmigo misma.

—He trabajado por años pasando a modelos a tomarse fotos aquí y nunca

había visto a uno como él —chilló —Es un papacito —suspiró mirando hacia la oficina de Jennifer. No pude evitar sonreír ocultando que quería decir que tenía razón. Brahma era un idiota arrogante, pero eso no le quitaba lo atractivo que era.

—No lo sé—mentí—está muy ocupado metiendo su cara en su propio ego

—Todos los guapos son egocéntricos, es ley, no deberías asombrarte.

—Lo sé, pero ninguno de esos guapos egocéntricos me provoca algo—aseguré, sabiendo que en realidad mentía.

—Te has acostado con ellos—dijo, destapando mi mentira.

— ¡Hannah! —chillé, chitándola con los dedos al ver que lo había dicho tan alto.

—Ay vamos—me quitó la mano de su boca—nadie está escuchando.

—Es igual, Brahma no es mi tipo—sacudí la cabeza.

— ¿Brahma? ¿Cómo la cerveza? —rió.

—Ah sí, larga historia—mordí mi labio inferior.

—Pensándolo bien si tiene aspecto brasileño—movió las cejas repetidas veces haciéndome reír—Pues tendrás que contarme esa historia—refunfuñó refiriéndose a lo que le había dicho— él tiene que ser el tipo de todas—palmeó la mesa mirando hacia atrás bajándose como si se lo hubiesen ordenado del escritorio— oh, oh, la perra se acerca, será mejor que vuelva.

—Te veré en el descanso—le susurré haciéndole señas con la mano para que se fuera.

Los tacones de Jennifer sonaban a kilómetros y se me erizaron los vellos del brazo sólo con escucharlos. Pasé la mano por ellos, queriendo convencerme a

mí misma de que sólo había sido una reacción natural de mi cuerpo y no una reacción de miedo.

—Mónica—me saludó, sonriendo.

—Hola Jennifer—hice lo que pareció una sonrisa, aunque se veía más como una mueca de dolor.

— ¿Puedes hacerme un favor? —su cadena sonó contra la pantalla del ordenador cuando se hubo acercado demasiado. Casi que chilló, pero mantuve la compostura apretando las manos en mi silla alzando las cejas.

—Claro, dime—no, no puedo.

—Asegúrate de que nadie entre a mi oficina por ahora, estaré ocupada—fue un total milagro que su ojo bajara en un guiño con la cantidad de rímel que se había puesto. Me dio un vistazo de arriba abajo y la respiración se me contuvo, no había más nada que odiara más que eso.

—Cla...claro—me callé cuando me di cuenta de que estaba tartamudeando.

—Perfecto, estaré ocupada—repitió, como si quisiera restregármelo en la cara.

Cierto, Brahma había ido a su oficina apenas había llegado. Asentí, intentando parecer lo más fresca y relajada ante sus comentarios para molestarme. Me provocaba cierta gracia, teniendo en cuenta que no tenía nada con Joy y que no me importaba un comino si estaría ocupada con él o con quien fuera o no. Pero ahora entendía porque había estado actuado tan perra ayer.

Arrugó su nariz al ver mi expresión y volteó caminando en pasos rápidos hacia su oficina. Agudicé mis oídos para ver si escuchaba que trancara o algo, pero después de cerrarla nada pasó entre la puerta y afuera.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no estaba segura de si había sido asco u otra cosa.

Quitó mi cabeza de todo pensamiento asqueroso y cochino acerca de Joy y Jennifer y me concentré en la computadora quien ahora tenía una pequeña marca por culpa de su estúpida y horrenda cadena.

Mis dedos se movían rápido en el teclado archivando todo lo que faltaba de hoy y mis ojos no dejaban de ver el reloj que estaba puesto en la pared. Quería que fuera la hora de descanso.

Un ring sonó y busqué como loca mi teléfono.

“Escápate al baño, ahora”

Lo guardé en mi escote y corrí hacia allá antes de que Jennifer terminara de estar “ocupada”. El escalofrío volvió a recorrerme el cuerpo y rodé los ojos ante mi reacción.

— ¿Puedes creer esa mierda? —el grito de Hannah me asustó y choqué con la puerta del baño después de haberla cerrado al entrar.

—Dios, tienes que aprender a calmarte—froté con suavidad mi brazo.

— ¡Jennifer ya lo reclamó como suyo! —chilló, como una niña pequeña.

— ¿Reclamó? —reí. Hablaba como si fuera un producto que otra persona agarra primero que tú.

—Escuché lo que te dijo

— ¿Cómo...? ¿Cómo escuchaste eso? —abrí la boca.

—Eso no importa—movió sus manos— deben estar haciendo cosas sucias.

—Hannah, no seas asquerosa

—Oh vamos, ¿no te da morbo pensar?

—Es asqueroso—rodé los ojos abriendo la puerta del baño. La cerró de nuevo y me miró.

—No dejes que esa perra te restriegue en la cara lo que cree tener

— ¿A qué te refieres?

—Sentada sin nada que hacer he tenido la mejor de las ideas

— ¿Y por eso me citaste a un lugar como el baño?

—Las dos sabemos que la sola presencia de Jennifer te asusta—mis hombros bajaron ante su declaración y fruncí los labios, queriendo darle fin a la conversación—demuéstrale que no eres menos que ella y que puedes tener lo que ella cree que tiene.

— ¿Te refieres a Joy?

—Sí, sí, el papacito—agitó sus manos varias veces, como si el nombre no importara.

—Estás loca, quiero conservar mi trabajo—mis ojos se abrieron como platos y negué con la cabeza.

—Estás siendo una debilucha Mónica

—Claro que no—me quejé—sólo soy precavida.

—Precavida mis pelotas—rió, ante su propio chiste.

—No haré eso—volví a abrir la puerta del baño.

—Piénsalo, si fuera tú estaría encantada—dijo, esta vez sin impedirme la salida.

...

Había pasado semanas pensando en lo que Hannah me había dicho y

generalmente tenía mensajes de ella en mi teléfono preguntándome si ya me había decidido. No puedo negarlo, me excitó por un momento la idea de hacer sentir a Jennifer por una vez en la vida como ella me hacía sentir a mí. Pero el miedo era algo que me consumía, tal y cómo había dicho Hannah, con su sola presencia. Así que el hacer algo como eso, no era algo que estuviera precisamente en mis planes.

Prefería la distancia y lo seguro y a pesar de mi personalidad explosiva, esta vez sólo podía esperar la tranquilidad.

Aún así la idea merodeaba por mi cabeza una y otra vez, como una hormiga fastidiosa. Y en la hora de descanso la hormiga fastidiosa había tomado el lugar de Hannah.

—Te ves estresada—dijo una voz masculina a mi frente y quité la cara de la pantalla para ver que se sentaba en la silla frente a mi escritorio.

Hablando del rey de roma...

No lo había visto merodeando mucho por aquí y cuando lo hacía, solía escondérmelo. Las semanas habían estado relativamente tranquilas mientras nadie intentara meterse con la comida de la víbora.

—Lo estoy—respondí haciendo sonar sin querer el teclado cuando presioné el codo contra él— Maldición—me quejé borrando todo lo que había escrito a causa de eso.

—Te ves muy tierna para esa boca—sonrió.

—Ya es costumbre decirlas seguido—fruncí los labios.

—Está bien, no te lo reprocho, sólo que es extraño ver a una mujer decirlas—se encogió de hombros.

Asentí y miré hacia el lado donde vi a Hannah pegada hacia el vidrio de su

sección haciéndome mil y una señas de la cual no entendí ni una sola. Entrecerré los ojos y sus manos se movieron agitadamente junto con sus ojos y para finalizar todo su cuerpo. No pude evitar reír y Joy se acercó hasta donde yo estaba levantándose y alarmada lo empujé de vuelta.

—Que agresiva—rió también, acompañándome en mi carcajada sin saber la razón de la mía— ¿qué estabas viendo?

—No es tu problema—negué con la cabeza.

—Eres algo tosca—se cruzó de brazos, de su risa sólo quedando una sonrisa.

—Y tú curioso—alcé las cejas.

—Suenas mejor que ser una patada en el trasero—echó su boca para adelante.

—Eres las dos en realidad—me encogí de hombros.

— ¿Estar consciente de lo que le provoco a las mujeres es ser una patada en el trasero? —oh, señor ego estaba de vuelta.

—Crear que puedes incluir a todas en ese grupo es serlo

—No las incluyo, se incluyen solas—soltó esa risita en la que no necesitaba abrir su boca y un suspiro imprevisto salió de mi parte. Esperé que por obra y gracia del cielo no lo hubiera escuchado y me lo tragué.

— ¿De dónde conoces a Jennifer? —se salió de repente, queriéndome arrepentir al instante. Lo había llamado curioso hace unos segundos y la que se aproximaba a hacer preguntas que no eran de mi incumbencia era yo.

— ¿Jenny? Es amiga de mi madre—respondió, fresco sin ningún problema— Ha sido amiga de la familia desde que era un niño.

—Oh—fue lo único que pudo salir de mi boca.

— ¿Por qué? —arrugó las cejas.

—Nada—fruncí los labios— sólo que te mira como si fueras un pedazo de carne que nadie más podría tocar.

— ¿Te molesta? —mostró sus dientes. Rodé los ojos— Tu tic.

—No me molesta, no me importa

—Si no te importara no me hubieses preguntado—touché.

—Sólo...fue curiosidad —dije, siendo lo primero que se me había ocurrido. Había odiado que hubiese tenido razón.

—Eres bonita Mónica—hizo una sonrisa y algo extraño en mi estómago se movió. Mi boca se entreabrió y estuve a punto de decir algo cuando el sonido que menos quería escuchar ahora apareció.

Podría jurar que nunca la había visto tan seguido en dos días como ahora. Parecía ser un dolor de cabeza interminable.

— ¿Qué estás haciendo aquí Joy? —preguntó, posando sus uñas en su hombro.

—Estaba aburrido, vine a hablar con Mónica—le sonrió, hablándole como si fuera un niño pequeño a su madre.

—Puedes ir a mi oficina si estás aburrido, Mónica tiene mucho trabajo, ¿verdad? —me miró alzando una ceja.

Di algo Mónica, di algo. Di lo que tú quieres decir. No te intimides por una estúpida mujer de plástico. Has lidiado con esto antes.

—Sí, tengo mucho trabajo—respondí y me bofeteé mentalmente, cerrando los ojos.

— ¿Ves? No hay necesidad de pasar por aquí—negó con la cabeza.

No sólo odiaba la forma en a que me hablaba a mí, odiaba la forma en la que

le hablaba a todo el mundo. Siempre superior, siempre un paso más adelante, siempre más sabia, más poderosa. Siempre con la necesidad de que supieras que ella era la que tenía razón y la que mandaba.

—No puedo estar todo el día en tu oficina Jenny, también tienes cosas que hacer—rió, como si lo que dijo le había parecido estúpido.

—Pero no tienes necesidad de pasar por aquí—refunfuñó, como si fuera una orden.

Y aquí, estaba yo, en medio de una discusión extraña que no me pertenecía y en la que obviamente no quería estar.

—No es que...—lo interrumpí.

—No importa Joy, igual nos veremos esta noche, si tienes cosas en las que ayudar a Jennifer es mejor que sea ahora—puedo jurar que mi estómago y absolutamente todo mi cuerpo estaba en llamas. Tanto por mí misma como por la mirada que ahora estaba sobre mí.

— ¿Nos veremos esta noche? —preguntó, confundido.

— ¿Se verán esta noche? —preguntó, alarmada.

Los ojos de los dos estaban sobre mí, y la sensación de verla a punto de explotar refrescó mi piel. Pero el efecto de valentía estaba pasando y necesitaba decir algo para seguir el juego antes de que yo misma me tirara al piso.

—Sí, saldremos después del trabajo—lo miré y alcé las cejas, queriendo que me entendiera. Arrugó su frente y después de una milésima de segundo asintió.

—Oh—chilló Jennifer juntando sus manos—pues, que bueno—casi pude sentir el sonido de su saliva intentando pasar por la garganta— Hablaremos

mañana entonces Mónica—la punzada de dolor en mi cabeza se hizo presente cuando pronunció esas cuatro palabras y después de pasar las uñas delicadamente por el cuello de Joy salió disparada hacia adelante, saliendo de mi vista.

Una ráfaga de aire pareció haber entrado hasta mi pecho y me desplomé en mi silla, sintiendo como el sudor de mi nuca había empapado mi cabello.

— ¿Saldremos esta...? —lo interrumpí apenas supe que iba a decir.

—No

— ¿Qué? —puso las manos sobre el escritorio— ¿Ya cambiaste de decisión tan rápido?

—Nunca lo decidí

— ¿Entonces que fue eso? —Su ceño estaba fruncido, pero de repente sus cejas se alzaron y sus ojos se abrieron más de lo normal como si hubiese captado todo—Me estabas usando—rodé los ojos—No, no hagas eso, sabes que fue así.

—No fue la gran cosa, no seas dramático

—Me estabas usando para que Jennifer se molestara—se quejó.

— ¿Por qué se molesta si son sólo amigos de familia?

—Siempre ha tenido un sentido de sobreprotección conmigo—volví a rodar los ojos.

—Para ser tan guapo, eres bastante inocente

— ¿Acabas de decir que soy guapo? —sonrió. Negué con la cabeza cerrando los ojos.

—Siento haber lastimado tu integridad, pero olvida todo lo que pasó

—Saldrás conmigo

—No, no lo haré

—Seguirá siendo así con Jennifer salgas conmigo o no, la conozco.

—No saldré contigo Brahma—dije, queriendo ignorar que lo que había dicho era cierto. Siempre le tendría miedo a Jennifer.

—Dejaré de molestarte si sales conmigo esta noche, tomando en cuenta que ni siquiera fue mi idea.

— ¿Dejarás de molestarme? —pregunté, incrédula.

—Te buscaré hoy a tu casa—dijo levantándose caminando hacia afuera.

— ¿Cómo? No sabes donde viv...—grité, queriendo que eso lo detuviera pero me interrumpí yo misma al recordar el incidente del autobús.

Maldición, ¿en qué me había metido ahora?

Capítulo tres

“Escuché que saldrás con el papacito hoy :p”

“No es sano escuchar las conversaciones ajenas Hannah -.-”

“Da igual. Esa es mi chica. Haz lo que sabes hacer ;)”

“No estoy segura de que sea eso. No quiero hacer esto”

“Suerte, me cuentas mañana. Un beso”

Tiré el teléfono contra la cama y acto seguido me tiré yo también. Afortunadamente ya había tomado aspecto de cama cuando decidí quitarle toda la ropa que tenía encima. Estaba agotada y estresada, mucho más sabiendo que la razón de ello era mi propia culpa.

Era extraño deducir de cómo había pasado a sentirme la mujer más poderosa del universo por hacer sentir ofendida a Jennifer Morris, a ser un renacuajo sin ganas de vivir aplastada en la miseria de su dulce cama. Una oración difícil de entender al igual que la mezcla de sentimientos que tenía ahora.

No tenía interés de salir con Joy ni mucho menos de impresionarlo así que me coloqué el suéter que usaba para dormir y un jogger que estaba entre la ropa que me ponía una vez al año. Cogí mis botas y después de amarrar el pelo en una coleta cerrada me miré al espejo. Me veía graciosa de la manera en que estaba vestida habiendo pintarrajeado mi boca, pero era una norma sobre mi cuerpo y nunca dejaba de cumplirla.

Mamá decía que era un sello, muchos decían que era falta de amor propio y seguridad sobre mí misma, otros que pintar mucho la boca desgastaba los labios rápidos y que ya yo debía tenerlos así, muchos otros decían que era

sexy e incluso algunos dijeron que lo hacía para llamar la atención de esos que mencionaron que era sexy. Pero la versión con la que estaba de acuerdo era la mía, y era que me gustaba como se veían mis labios de ese color. Y que me encantaba el rojo.

No era tan difícil de entender. Pero supongo que a la gente le gusta crear sus propias versiones sobre algo con lo que no se sienten cómodos. Yo también lo había hecho algunas veces. No era algo del otro mundo tampoco.

El timbre de la puerta me hizo pegar un salto del susto ya que muy pocas veces lo había escuchado siendo Hannah sólo la que entraba e incluso cuando quería y después de tomar mi teléfono junto con mis audífonos corrí a abrirla.

Un suéter azul claro tapaba los nudillos de su dedo y su aspecto deportivo hizo que chitara mentalmente al ver que mi plan no había funcionado a la perfección. Mi boca se abrió al igual que la puerta cuando vi que tenía puesto casi lo mismo que yo. Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo.

¿Quién podía estar vestido así a estas horas de la noche?

A parte de mí en mis intentos por no impresionar claro.

—Hola Cherry—saludó, una sonrisa resplandeciente en su rostro. Casi contagiosa—que bonito suéter, ¿nos vamos?

Fruncí mis labios, insegura y después de asentir cerré la puerta metiendo la llave en uno de mis bolsillos.

—Quiero que sepas que esto no...—me interrumpió.

—Que lo haces para que deje de molestarte, y que sólo querías molestar tú a Jennifer, si sí—de la forma en que lo dijo había sonado hasta algo cruel. Tragué saliva y me crucé de brazos contrarrestando el frío que se había hecho afuera.

—No iba a decir eso—mentí.

—Ajá—dijo caminando hacia el frente de mi residencia.

Lo seguí y al ver un coche que estaba aparcado cerca, me apresuré para ponerme en el lado del copiloto esperando en la puerta. Hacía tiempo que no salía con alguien, ni siquiera en situaciones como esta. Los únicos contactos más cercanos que había tenido de esta forma habían sido en un bar y nada más había pasado de unos tragos y cambios de teléfono que nunca habían llegado a más nada que haberlos registrado.

Ya hasta había olvidado el protocolo para salir con alguien.

No es que salir con Joy entrara precisamente en términos de salir con alguien, pero no podía evitar ponerme nerviosa saber que estaba “saliendo con alguien”.

— ¿Qué estás haciendo ahí? —escuché de su parte e intenté ver por la ventana hacia el otro lado para responderle, pero no estaba ahí.

El rugir de una motocicleta me asustó y vi como se paraba a mi costado haciéndola rugir de nuevo.

—Pensé que...—balbuceé tragando saliva mirando con horror la bestia color negro en la que estaba montado.

— ¿Qué ese era mi coche? No lo han arreglado aún, linda—rió. Mis orejas ardieron.

—No esperaras que me monte allí—la señalé. El humo estaba entrando por mi nariz y tosí después que lo hube dicho.

—A menos que quieras caminar, no veo otra manera.

—No...—fruncí los labios apenada—yo no... nunca me he montado en una.

— ¿Qué? —sus cejas se habían alzado y me miraba como si fuese una especie de otro mundo.

Qué podía decir, era la verdad. Les tenía terror a esas cosas. Le tenía terror a todo lo que tuviese ruedas, así que no era algo en especial. Nunca había aprendido a manejar por lo mismo.

— ¿De verdad?

—Sí, no estoy de humor para que te burles—arrugué la nariz.

—Oh vamos, no me burlaré, es un honor para mí ser el primero—hizo una pausa, con picardía y me atraganté con mi propia saliva—del que te montes en su moto, calma—rió, sabiendo que había entendido a lo que se había referido.

— ¿Qué te hace pensar que me montaré? —apreté mis brazos alrededor de mi pecho.

Se encogió de hombros y después de tomar mi torso con sus fuertes manos me atrajo hacia el asiento trasero de la moto. No bastaron muchos segundos para que comenzara a gritar y como pudo puso sus dedos sobre mi boca hasta que me hubo montado completamente. Pataleé y me sostuvo las piernas.

—No, todo menos eso—advirtió— la rayarás—sonó, casi alarmado. Arrugué las cejas y hablé por encima de sus dedos atrapados en mis labios.

— ¡Tengo botas! —se me quedó mirando como si le hubiese hablado en un idioma extranjero y asintió.

—Yo también las tengo, ahora estate quieta—soltó uno por uno los dedos y una respiración entreabierta se me escapó cuando rozó mi barbilla antes de quitarlos por completo. Me sonrió y se acomodó, trayendo de nuevo al motor a la vida.

Mi corazón latía lo suficiente como para salirse de mi pecho en cualquier momento y apreté las piernas alrededor del asiento. Mis manos se deslizaron del cuero a la cubierta de plástico a la luz trasera buscando en que aferrarme y como si él estuviera leyendo mi mente, tomó mis muñecas y las situó alrededor de su cintura.

—No hay nada a lo que aferrarte excepto de mí Mónica, no me sueltes—dijo, empujando la moto hacia atrás con los pies. Con un movimiento de su muñeca, terminó de salir a la calle y se dirigió con un cohete.

Pegué un gritito oprimiendo mis brazos contra él cuando creí que me iría hacia atrás y cerré los ojos, sintiendo nada más que al aire frío sobre mi cabello y mi cara. Sabía que terminaría con millones bichos sobre todas partes si me asomaba por encima del hombro de Joy así que preferí quedarme atrapada detrás hasta que este sufrimiento terminara. Casi ni podía concentrarme bien en que estaba haciendo, mi mente sólo en no perder la vida en mi primer viaje en moto.

Un rugido y el movimiento de su pie me avisaron que ya se había estacionado y sin pensarlo dos veces me bajé, queriendo volver a la seguridad del concreto.

— ¡Estás loco! —lo empujé antes que se bajara.

Se echó a reír, apoyando su motocicleta sobre el pie de apoyo antes de bajar.

—Conduje al límite de velocidad.

—Sí, si estuviéramos en una carrera—dije, soltando el moño de mí cabello para desenredarlo con mis dedos.

—“Fue una bonita experiencia bonita Joy, gracias” —me imitó, rodando los ojos. Quise hacerlo, pero me detuve sabiendo que sólo me estaba remedando.

—Suéñalo—negué con la cabeza, quien aún no estaba en sintonía con el resto

de mi cuerpo.

De vuelta a prestar atención a lo que me rodeaba, miré hacia los lados para ver hacia donde me había traído.

Un montón de luces fluorescentes rodaban por fuera y arrugué las cejas. Era fácil deducir lo que cualquiera estaría pensando si se dejara guiar por la primera impresión. ¿Una discoteca? ¿En serio?

Pero no, bien dice el dicho que no debes juzgar un libro por su portada. Me acerqué más, pasando por el lado de donde estaba aparcada la motocicleta para ver que decía al frente.

“Parque de atracciones Donatello”

Mi boca se abrió y volteé para ver a Joy. Parecía muy relajado, encendiendo un cigarro por dentro de su suéter. Expulsó el humo de entre sus dientes y me miró fijamente al darse cuenta de que lo estaba viendo.

— ¿Uno? —preguntó, refiriéndose al cigarro. Negué con la cabeza y él en cambio, asintió.

— ¿Esta es una parada o...? —no terminé la oración, dando paso a que él respondiera.

—Nos quedaremos aquí—metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes— ¿puedes ir a comprar las entradas? Las mujeres siempre pasan más rápido.

— ¿Por qué? —pregunté, aún confundida.

—No lo sé, son mujeres, siempre es así—negué con la cabeza varias veces.

—No no, ¿por qué aquí?

—Oh—inhaló— no lo sé ¿no te gusta? — preguntó, preocupado. No estaba segura de que responder a eso.

— ¿Sueles traer a tus citas aquí? —sonreí.

— ¿Esto es una cita? —arrugó las cejas y me devolvió la sonrisa. Fruncí los labios, sin responder y él apagó la colilla en el piso— no, no acostumbro a llevarlas a “citas” —hizo las comillas con sus dedos— había querido venir aquí—se encogió de hombros.

— ¿A un parque de atracciones? —solté una risa.

—De pequeño nunca vine a uno, ¿tu sí? —un nudo se me atravesó en la garganta porque me pareció muy triste que hasta yo, con una familia disfuncional hubiese venido y sin hablar, asentí.

Caminamos juntos hasta la taquilla y a pesar de que la fila estaba realmente larga, de padres con sus niños, claro está, pasamos rápido. Sonrió de felicidad cuando le pasé su entrada, la que habían coloreado de un bonito color azul y se me escapó una sonrisa también al verlo.

—Bien, no sé de esto, así que serás mi guía hoy. Así estaremos a mano— afirmó guiñándome un ojo.

—No vengo desde que tenía diez años

—No debe haber cambiado mucho

Una chica morena y bajita nos recibió en la puerta para romper las entradas y vi como le lanzaba miraditas furtivas a Joy. Tomó su mano disimuladamente para quitarle la entrada y entrecerré los ojos sonriendo ante su intento de coqueteo.

Pasé mi brazo por dentro del de Joy y él me miró sorprendido. La muchacha se dio cuenta también de mi repentino acercamiento y rompiendo la entrada con la mayor rapidez posible se la pasó, sin detenerse a nada. Reí bajito caminando hacia adelante y cuando estuve por sacar el brazo, Joy apretó el

suyo para que no lo hiciera.

Lo miré, pero su mirada no estaba puesta en mí. Su boca se había abierto ligeramente y las luces fluorescentes que habían parecido estar desde afuera pegaban contra su cara, dándole brillo a sus ojos verdes.

Se veía tan feliz que casi me provocó darle un abrazo. Música de un grupo el cual no recordaba su nombre estaba sonando y tatareé la canción.

Un vendedor pasó por nuestro lado con un montón de algodones de azúcar y lo detuve, verificando en mi bolsillo si había traído mi monedero. Lo pagué y después de que me lo hubo dado, se lo pasé a Joy. Tal vez no contrarrestaba las ganas de abrazarlo por completo, pero al menos era menos acercamiento.

— ¿Algodón de azúcar?

—Ajám—dije, quitándole un pedazo con las uñas— Y bien ¿a cuál quieres ir? —pregunté, viendo las atracciones que estaban a nuestro alrededor.

Respiró, indeciso y arrugando su nariz de una manera graciosa señaló los carritos chocones— A ese, se ve extremo—solté una carcajada y asentí.

Eran diferentes de cómo los recordaba y la vez que había venido, sólo pude quedarme ahí, siendo el blanco para que todos los demás niños chocaran conmigo. Cuando decía que le tenía miedo a todo lo que tuviese ruedas, lo decía en serio. Pedimos un ticket y después de que nos dieran las llaves acomodé mi jogger para entrar. Joy se había montado en uno cercano al mío y se veía realmente gracioso tomando en cuenta su gran tamaño y el del carrito.

Alcé los brazos para hacerme un moño antes de empezar cuando un movimiento me hizo saltar a mí misma hacia atrás. Me sostuve rápidamente del volante y vi a Joy con una gran sonrisa en su rostro, esperando por volver a arrancar.

Se suponía que esto sólo tenía dos controles, pero era realmente inútil cuando se trataba de estas cosas. Volvió a moverse hacia adelante, chocando de nuevo contra mí y pegué un gritito similar al que había soltado cuando hizo rugir su motocicleta.

Me aferré al volante y después de fruncir los labios pisé el que hacía el papel de acelerador llevando el carrito hacia adelante. Me asusté cuando vi que se había movido y suspirando volví a hacer el mismo procedimiento. El carrito corrió y lo solté cuando vi que chocaría con el de Joy.

— ¡Vamos Cherry, se llaman carritos chocones por algo! —gritó, por encima de la música y mordí mis labios agarrando el volante lo más fuerte que pude cuando aceleré, haciendo que su espalda pegara contra el asiento cuando lo choqué.

Mi boca se abrió, en preocupación, pero Joy sólo rió, divertido. Su risa me contagió y apreté el acelerador para seguirlo.

No sé cuantos minutos pasamos en eso, pero fueron los suficientes para que el tiempo se acabara y tuviéramos que salirnos.

—No pensé que fuera tan divertido “manejar” —confesé, riéndome aún metiendo esta vez, sólo por deseo mi brazo alrededor del suyo. Esta vez no se sorprendió y sólo lo sostuvo allí.

—Lo es más cuando lo haces de esta forma—bromeó.

Vi mi vida pasar cuando nos subimos al martillo y luego a la famosa bailarina, ya que a mi edad no había podido subirme a la de verdad, y había tenido que conformarme con una que parecía estar danzando un vals y no un death metal como esta.

Mi estómago estaba revuelto y sólo quería sentarme antes de creer que moriría en otra atracción como esa.

—Por aquí—dijo señalando unos banquitos que estaban alejados de las luces. Mis pies se sentían cansados así que apenas llegué me desplomé, mi espalda ardiendo.

—No volveré a montarme en otra cosa de esas—negué con la cabeza—nunca más.

—Venga, ha sido divertido—sonrió.

—Lo fue, pero no me volvería a montar he dicho—reí.

Su cuerpo se relajó junto al mío y estiró sus piernas haciendo sonar sus botas contra el piso. El tatuaje de su cuello se veía bastante en la posición en la que estaba y no pude evitar preguntarme si no tendría más en todo el cuerpo. Los músculos de su pecho estaban contraídos al igual que los de su brazo y las venas de su cuello se dejaban a ver también cuando se movía. Sí que era guapo. Ya hasta podía recordar la definición que Hannah le había dado, ninguna le hubiese podido quedar mejor si no fuera tan Joy. Sacudí la cabeza, sacando de mi mente cualquier pensamiento acerca de su cuerpo y estiré mis piernas también para relajarme.

— ¿Tus padres te traían mucho cuando eras pequeña? —preguntó, apoyando su cara con su mano con ayuda del banco.

—Mi mamá, no tengo papá—por primera vez su confianza desapareció. Él pareció un poco avergonzado.

—Lo siento Cherry, no sabía...—lo interrumpí, antes de que terminara de disculparse.

—Técnicamente no, era un alcohólico empedernido así que nunca estaba como para que se ganara ese título.

—Lo siento—repitió, aún apenado.

—Está bien, ya él no está, nunca supimos más de él —me encogí de hombros.

— ¿Y tú madre?

—Vive sola ahora—me corregí—bueno, vivía sola cuando me mudé aquí, ahora está saliendo con alguien.

—Oh, ¿te mudaste joven?

—Cuando cumplí la mayoría de edad, mamá sabía que donde vivíamos no tendría futuro así que me animó en la idea de venirme a vivir más cerca de la ciudad

— ¿Estudiaste o algo así?

—No, empecé a trabajar con Jennifer días después de haberme mudado, necesitaba dinero para pagar el alquiler, así que...—terminó mi oración.

—Te enamoraste del dinero, sí—asintió, como si supiera exactamente de lo que hablaba— me pasó también.

— ¿También? —me extrañé.

—Nunca fuimos una familia de mucho dinero, papá sólo era taxista y mi madre no dejaba la casa por nada del mundo porque siempre estaba pendiente de nosotros, así que empecé a trabajar desde muy temprano. Papá enfermó después del tiempo, cáncer terminal —mi boca se abrió— y empecé a buscar trabajo en todos lados para poder sacarnos adelante. Fue algo de momentos por la necesidad, pero le agarré amor al dinero y la necesidad de trabajar ya no sólo era necesidad.

Quería preguntar a cuanto se refería cuando dijo nosotros, pero preferí no inmiscuirme tanto en su vida personal.

— ¿Por eso eres reservado con eso? —pregunté, mi ceño fruncido.

—No—rió bajo, pero no una risa verdadera—no, no es eso—negó con la cabeza. Cerré mis labios quienes aún habían estado abiertos y preferí no preguntarle nada sobre ese tema.

—Siento lo de tu papá—dije, imitándolo cuando me lo dijo.

—Estamos a mano—repitió, como cuando habíamos entrado al parque. Sonrió y mi estómago se revolvió al pasar sus dientes por su piercing.

—Sí, lo estamos—asentí, intentando que mi mente dejara de jugar conmigo.

— ¿Te gusta trabajar con Jennifer? —preguntó, poniendo su brazo por detrás de mi espalda. No se sentía mucho por la tela que nos cubría, pero su temperatura estaba caliente y se sentía reconfortante al tener que lidiar yo sola con el frío que estaba haciendo.

—Hubiese querido trabajar de otra cosa

—Eso no fue lo que pregunté—frunció los labios, escondiendo una sonrisa.

—Lo sé, lo sé—bajé la cabeza—no, en realidad no me gusta.

— ¿Es por ella? ¿Te intimida?

No solía hablar de este tema con nadie. No me gustaba quedar como una debilucha frente a ninguna persona, pero por alguna razón una sensación de comodidad me atrapó queriendo compartirlo con Joy.

—Sí, no me gusta estar cerca, siempre tiene la necesidad de hacerte sentir inferior a ella y eso es realmente desesperante.

— ¿Alguna vez has intentado decírselo? No pareces ser de las que se queda callada, es extraño.

—Lo sé, mi madre siempre me ha dicho que no debo dejarme intimidar por nadie, pero al parecer esa enseñanza no aplica para perras plásticas—solté,

habiendo querido sacarlo con alguien más que no fuera Hannah—sin ofender—dije, recordando que era amiga de su madre.

—Está bien—rió—sé cómo es Jennifer—agitó la mano que tenía suelta— es difícil tener que pasar por eso y más todos los días, ya te lo había dicho, pero no es algo por lo que tengas que avergonzarte—sonó tan lindo que sentí como mis mejillas se enrojecían de solo escucharlo.

Subí la cabeza, sonriendo y me encontré con lo cercano que estaba de mí. Podía sentir su olor a menta y cigarro justo en mi nariz. Mis ojos se posaron en su boca, perfectamente acomodada sobre su cara. Tenía hilitos, dando la impresión de que estuviera deshidratado y como si leyera mi mente los humedeció pasando su lengua por ellos.

No tenía idea de por qué, pero su cercanía estaba comenzando a ser extraña y mi pulso se aceleró cuando su brazo se apretó alrededor de mi hombro su rostro quedando a la altura del mío.

Casi que podía sentir su piercing contra mis labios y mi estómago estaba empezando a revolverse y no precisamente por haberme montado en esa estúpida atracción. Respiré, sintiendo mi propio aliento sobre mí cara al chocar con el suyo y tragué fuerte cuando sus dedos subieron desde mi brazo hasta mi cara. Acarició cuidadosamente el piercing en mi nariz y bajó de nuevo hasta mis mejillas.

Hacía tiempo que no sabía lo que era salir con alguien, así que mucho menos recordaba cómo era esto. No era un protocolo para seguir, pero esta clase de situaciones siempre me habían puesto nerviosa. Y más con alguien como Joy, tan seguro de sí mismo, y prepotente como él sólo.

Mi pecho se apretó y mis ojos se cerraron esperando que terminara con el sufrimiento que ahora sentía mi piel que había comenzado a arder.

Una luz se filtró en mi cara y entreabrí los ojos para ver que era y mi pulso se aceleró mucho más cuando vi que se había alejado por completo y miraba por encima de mi cabeza.

Mis manos comenzaron a temblar y ahora de verdad quería que la tierra me tragara lo más antes posible. No quería ver, pero sabía que mis orejas y toda mi cara estaban a punto de explotar. Lamí mis labios, quienes se habían secado por la presión del momento y sacudí mi cabeza, quitándome del agarre de Joy.

Aún no había dejado de ver hacia el otro lado y sus cejas se arrugaron, preocupado.

—Mónica creo que es hora de irnos—dijo, tomando mi muñeca haciéndome levantar junto con él.

—Yo... a... es... tá bien—dios, me escuchaba horrenda.

Dejé que me llevara, tal cual como un juguete y cuando hice a voltear hacia atrás me lo impidió con su mano.

— ¿Pasa... algo? —pregunté, arriesgándome a que volviera a escuchar mi tono de voz horrendo.

—Que tenemos que irnos—apresuró sus pasos tomándome más fuerte y su agarre me hizo recordar que hacía unos segundos sus manos habían estado sobre mi cara y yo había estado muriéndome porque me besara.

—Pero ¿por qué? No entiendo—sacudí mi cabeza intentando que todo volviera a la normalidad y pasamos la salida, fugaces.

Alzó mi cuerpo casi por encima del suyo y me subió a la moto antes de que pudiera chillar o reclamar algo. Pero si era sincera no tenía ganas de más nada que enterrarme en mi almohada y morir de vergüenza yo sola. Apretó

mis muñecas alrededor de su cintura y arriesgándome a que millones de bichos saltaran hacia mis ojos me resistí a no poner mi cara sobre su espalda.

Hizo rugir el motor mucho más fuerte de lo que lo había hecho la primera vez y arrancó, a una velocidad indescriptible. Los árboles del camino ni se veían y escupí un pedazo de papel que se había filtrado hasta mi boca. Aferré mis muñecas hacia su costado cuando aceleró mucho más y una lágrima se escapó de mi ojo al ir tan rápido como iba.

Era cierto que quería llegar a casa lo más antes posible pero tampoco quería morir en el camino. Solté un grito cuando dio una curva en la que no se había metido la primera vez y mis piernas apretujaron las suyas temblando cuando se detuvo.

Me tropecé al intentar bajar con la misma rapidez con la que íbamos, fallando al quedarse un cordón de mi bota enredado.

— ¿Estás bien? —preguntó, ayudándome al ver mi aprieto.

—Ajám—asentí varias veces soltándome de su agarre buscando las llaves de mi casa en mi bolsillo.

—Mónica, yo...—puse la mano al frente de nosotros.

—Está bien, fue divertido hoy—dije, sin verlo a la cara. No sé cuando podría volver a hacer eso, teniendo en cuenta de que prácticamente lo veía todos los días.

—Mónica—murmuró, siguiéndome cuando me apresuré a llegar a la puerta. Se escuchaba extraño mi nombre en su voz tan repetidas veces y un escalofrío recorrió mi espalda cuando lo sentí cerca de nuevo.

Mis manos no me ayudaban y maldije en mi mente cuando tomé la llave que no era.

La metí con cuidado de no romperla por el apuro que llevaba y al sentir el click la empujé para entrar. Pero una vuelta alrededor de mi cintura me detuvo y pegué un saltito cuando sentí su tacto de nuevo.

—Siento que nos hayamos tenido que ir así, la estaba pasando bien, yo...— me sentía realmente boba y sólo quería alejarlo lo más rápido que pudiese, así que lo interrumpí antes de que pudiera terminar de decir cualquier cosa.

—Yo cumplí con mi palabra, así que tú cumplirás con la tuya—dije y sus cejas se arrugaron. Lo había cortado en seguida.

— ¿Qué? ¿De qué hablas?

—Dijiste que sí salíamos dejarías de molestarte, ya salí, ya te vas—hablé, arrepintiéndome de cada palabra que decía conforme la decía.

— ¿En serio? Pensé que había sido divertido Cherry—se veía tan confundido que una sensación extraña en mi pecho se apoderó de mí y empujé más la puerta con mi espalda.

—Lo fue, pero era un trato ¿no?

—Cherry, esto no es...—su aliento a menta me cegó y pasé la entrada de mi puerta antes de volver a recordar lo que había pasado.

—Buenas noches, Joy—y la cerré.

Capítulo cuatro

Mis pestañas se habían pegado entre sí y como pude tecleé en el teléfono un mensaje a Hannah diciéndole que no me esperara hoy en el trabajo y que si sabía hablar idioma perra le avisara a Jennifer que no iría. Reí por mi propio chiste y volví a acomodar mi cara en la almohada. Mis ojos comenzaron a cerrar, sumiéndome en el sueño de nuevo, pidiéndole a Zeus que me llevara con él.

— ¡¿Cómo que no vas hoy al trabajo?! —escuché y pegué un grito lanzando la almohada hacia el frente.

Hannah la esquivó agarrando sus lentes de pasta evitando que se le cayeran y mi respiración entrecortada seguía en pie, aún asustada.

—Pensé que te estabas muriendo, nunca faltas—dijo, tranquila como si nada acabase de pasar.

Mis cejas estaban arrugadas viendo como se acercaba a mi cama, mis manos aferradas a lo primero que había podido agarrar para defenderme que era mi sábana. Mi corazón estaba por salirse de mi pecho y ella sacó lo que parecía ser una dona de su cartera y la puso con cuidado sobre la mesita de al lado de mi cama.

Debía estar acostumbrada a que Hannah entrara como quisiera y cuando quisiera a mi casa ya que le había dado una copia de mi llave, pero despertarme en la mañana sin siquiera al menos darme un previo aviso me iba a volver loca.

Pasé las manos por mi cabello intentando lucir un poco decente y tragué la

saliva que se había hecho por tener la boca abierta desde que Hannah entró hasta que se había puesto cómoda a comerse su desayuno y me moví para tomar la dona que supuse era mía.

— ¿Cómo te fue ayer? —preguntó, atragantándose con el pedazo que se había metido a la boca.

Resoplé y recordé por qué era que me había levantado sin ganas de nada. Me levanté para preparar café y Hannah se quedó sentada esperando mi respuesta.

—Nada del otro mundo, te dije que no quería ir

— ¿A dónde fueron?

—Al parque de atracciones que está cerca del boulevard

— ¿De verdad? ¿Te llevó allí? —soltó una risita.

—Sí—dije, sin mencionar lo de que nunca había ido, como si sintiera que contándolo lo estaba traicionando.

— ¿Y no cambiaste de opinión? ¿Tan malo fue así?

—Al principio, luego supe que no había sido buena idea por muy tentadora que sonara la oferta de que dejara de molestarme si salía con él—tomé las tazas y me sentí triste por un momento porque en realidad no había querido que dejara de molestarme y lo había dicho para salir del paso de la vergüenza que había vivido ayer por mi misma culpa.

— ¿Te hizo algo malo? —preguntó, y sentí sus pasos acercarse hacia la cocina.

—No no—negué con la cabeza—Joy no es una mala persona, sólo engreído y egocéntrico—asentí yo misma—pero no es mala persona.

—Eso no fue lo que pregunté—dijo y recordé cuando Joy me dijo lo mismo. Pellizqué mi boca por dentro y ella movió su cabeza, esperando que le respondiera.

—Creí que iba a besarme y no iba a hacerlo, eso fue todo—fruncí los labios, avergonzada de lo horrible que sonaba.

— ¡¿QUÉ?! —Un pitido en mi oído sonó y apagué la llama al ver que ya el café ya estaba listo.

—Sí, no tiene importancia, olvídale.

—No no, tienes que decirme como fue eso, ¿cómo no pudo besarte? —puf, eso lo había soltado todo.

—No lo sé, ¡¿qué se ha creído?! —exploté poniendo las manos sobre mis piernas en una palmada—no estaba muy atractiva ni tampoco deseable lo acepto, pero ¿tan malo podía ser besarme?

— ¿No atractiva? —arrugó las cejas.

—No era mi plan impresionarlo, no me vestí para la “ocasión”—me excusé.

— ¿Estás segura de que no quiso besarte? ¿Tú lo intentaste?

—Yo no lo intenté, yo no hago eso—negué con la cabeza, sin mentir, nunca lo había hecho—él fue el que se acercó, yo no hice nada.

— ¿Y así sin más se apartó? Eso suena muy extraño.

—Lo es—refunfuñé—si no hubiese querido besarme no se hubiese acercado tanto ni mucho menos me hubiese tocado.

— ¿Te tocó? —chilló, agarrando su taza. Rodé los ojos ante su emoción, sabiendo que hasta yo misma me había emocionado cuando pasó.

—Sólo la cara Hannah, nada más

—A mí nadie me toca ni siquiera la cara desde hace años Mónica, deberías estar alegre en vez de tener esa cara de amarre—mi boca se abrió.

— ¡Rechazó un beso de mí!

—Y decías que él era el egocéntrico—rió, masticando la taza con sus dientes.

—Da igual, es un idiota—me quejé caminando de nuevo hacia mi cama desplomándome en ella.

—No creo que esa haya sido la razón Mónica, deberías llamarlo—la miré, sin poder creer lo que había dicho.

— ¿Estás loca? No recuerdo haberle echado nada extraño a tu café—hice una seña y ella abrió los ojos frunciendo los labios ante mi referencia— ¿Cómo crees que lo voy a llamar?

— ¿Qué tiene? Pregúntale por qué, en vez de matarte pensando en ello.

—“Hola Joy, estoy molesta porque no me besaste, ¿puedes decirme por qué?” ¿Suena bien? —arrugué la nariz.

—Con ese tono, no—se desplomó conmigo poniendo sus dedos en mi cabello — vamos Mónica, no puede ser tan malo. ¿Qué pasó después de eso?

—No lo sé, sólo quería que la tierra me tragara. Él salió disparado hacia la salida como si hubiese visto a un fantasma y luego me trajo a casa.

— ¿Cómo así? ¿Se fueron de una vez después de eso?

—Sí, salió disparado—repetí.

— ¿Ves? Allí tiene que haber algo

— ¿Qué? ¿Qué lo asusté?

—No, si salió así de rápido debió haber sido por algo, ¿la estaban pasando bien?

—Muy bien—froté mi cara contra la almohada, sin creer posible que estuviera amargada por algo que no me hubiese imaginado que pasaría. O, mejor dicho, que no pasaría, porque no pasó.

—Deberías llamarlo—repitió y rodé los ojos.

—Y tú deberías dejar de consumir—concluí, recibiendo un golpe en el hombro de su parte.

...

Había pasado todo el día acomodando las mismas cosas una y otra vez, sin tener nada realmente productivo que hacer. Hannah había tenido que irse a trabajar y mis horas habían sido teniendo el mismo recorrido de la cocina a la cama, de la cama de nuevo a la cocina.

Necesitaba respirar aire fresco si no quería morir de aburrimiento en un instante, así que busqué mis sandalias y el mismo vestido que había usado ayer para trabajar y me había maquillado un poco para salir a comprar algo.

La mejor excusa que tenía era que mi despensa estaba vacía.

Tomé mi cartera y después de colocarme los audífonos salí a esperar transporte. La calle se veía sola y el frío de la tarde hizo que mis vellos se erizaran. No salía mucho a estas horas, pero algo tenía que hacer antes que quedarme vagando en mi cama.

El autobús que solía tomar en las mañanas se detuvo y una sonrisa se me escapó cuando recordé el incidente con Joy aquí. Rápidamente sacudí mi cabeza esquivando el recuerdo de mi mente y me monté apresuradamente sentándome en el asiento más cercano.

Música clásica había comenzado a apoderarse de mis oídos y me sentí como en una película de los ochenta, con mi vestido acampanado y mi vestido

corto. Miré hacia el frente y un hombre, algo extraño por su manera de vestir me sonrió, una sonrisa poco agradable por la manera en la que se había visto. De esas sonrisas que generalmente una chica no quiere recibir. No quise ser descortés así que por pura simpatía le devolví la sonrisa. Volteé rápidamente hacia la ventana, pero por el rabillo del ojo noté que me seguía mirando y para mí incomodidad de arriba a abajo. Moví mi mano hacia el dobladillo del vestido para halármelo un poco más y volví a dirigir la mirada hacia el hombre, buscando encararlo, pero terminó por intimidarme más que él que yo misma.

Fruncí los labios y miré hacia mi lado, agradeciendo que ya hubiésemos llegado a la parada del centro y al pagar me bajé, volteando hacia atrás para ver si el hombre seguía allí. Suspiré, al ver que había desaparecido y caminé rápido hacia el supermercado que estaba más cerca.

Había estado acostumbrada a que los hombres me miraran de esa forma, pero ese hombre tenía algo en su mirada que no me inspiraba nada bueno y que terminó por asustarme.

Suspiré, olvidando lo ocurrido y caminé hacia el pasillo de golosinas. Me merecía un poco de ellas tal vez. Cogí el teléfono de mi cartera y lo metí en el bolsillo delantero de mi vestido para poner música, elegí el carrito más pequeño y comencé mi recolección. Al menos había algo con ruedas en lo que era experta en manejar.

Solía venir mucho de compras con mi madre cuando era pequeña. No podíamos darnos el lujo de comprar lo que quisiéramos, pero mamá siempre se las arreglaba para que nos diéramos un gusto de vez en cuando. Extrañaba a mi madre. Y odiaba recordarla como ella misma buscaba a darse a conocer. Ella era mucho más que eso.

—Disculpa—escuché la voz de alguien y volteé, saliéndome de mí ensueño

— ¿sabes dónde está el baño?

Pestañee varias veces antes de verla bien y la chica se frotó los hombros al terminar de hablar. Tenía puesta una braga de jean y su cabello rubio estaba amarrado en una cola de caballo alta y me sorprendió que para tanto frío estuviese usando algo sin mangas.

—Ahm no vengo mucho aquí, pero creo que al fondo—sonreí, volviendo a mi carrito.

— ¿Puedes acompañarme? —preguntó y volvió a sorprenderme su atrevimiento. Tal vez fuera diferente para ella, pero yo no acostumbraba a hacer eso con un extraño. Fruncí los labios y miré hacia el alrededor para ver si conseguía a alguien que trabajara aquí, pero al parecer hoy era su día libre, porque sólo podía ver a personas comunes por los pasillos.

Apreté el mango de donde estaba agarrando el carrito, incómoda y después de ver con cierta compasión la cara de la chica asentí.

—Está bien, vamos—dije, apartando el carrito a otro lado y caminando junto a ella.

Me fui delante para ver si conseguía primero el baño y podía dejarla allí e irme a comprar, pero parecía un laberinto sin fin ahora que estaba apurada porque no se me hiciera tarde. El frío que hacía sólo me aseguraba que la noche se estaba acercando. No quería que notara que no estaba precisamente contenta así de que chisté en silencio cuando me di cuenta de que estaba perdida al igual que ella.

—Oye, creo que por aquí...—volteé y me di cuenta de que no estaba caminando conmigo. No había absolutamente nadie en esta parte y un escalofrío me recorrió desde el final de la espalda hasta la nuca cuando me di cuenta de que estaba prácticamente sola— ¿Hey? —llamé para ver si estaba

cerca pero no escuché respuesta de ninguna parte.

Bien, era momento de que me fuera de aquí.

Tragué saliva y caminé hacia la parte donde había recordado meterme y unas manos me halaron hacia atrás tapándome la boca.

El pulso se me aceleró de inmediato y llevé mis manos a las que ahora cubrían los gritos que ni por un segundo dejé de dar, intentando hacer que las quitaran.

La chica de la braga se puso al frente y cuando hizo a tomar mi cartera le ordenó con señas a la persona que me soltara y varios movimientos que imaginé que significaban que se fueran. Una lágrima se había salido de mi ojo del miedo y reaccioné a la situación captando que había caído en una estúpida situación de robo.

Halé el brazo donde tenía mi cartera y ella arrugando las cejas lo haló de vuelta hacia ella. Tenía tanto terror que me la quitaran porque allí estaba mi dinero para volver a casa que cometí la locura de defenderme. Me moví a los lados haciendo que el anillo de la mano de la persona me raspara los labios y me quejé, tambaleando mi cuerpo hacia atrás. Había golpeado el arete en mi nariz y temí que fuera rompérmelo con un mal movimiento.

—Maldición—escuché en mi oído y pude darme cuenta de que el que me agarraba era un hombre.

La chica estaba halando con fuerza mi cartera y de la desesperación le lancé una patada, haciendo que mi pie le pegara también al hombre logrando que me soltara. No estaba segura de si en este momento respiraba, pero si de que mi corazón lograría salirse de mi pecho en cualquier momento. Mi clavícula y mis brazos dolían por la presión que había ejercido sobre mi cuerpo.

Mis ojos se abrieron exasperadamente cuando reconocí al hombre como el

que me miraba extraño que estaba en el autobús de camino a aquí y un grito se me ahogó en la garganta cuando al distraerme la cartera fue literalmente arrancada de mi brazo.

La escena parecía sacada de una de esas películas que tanto había visto de acción, con la diferencia de que generalmente la chica hacía algo más que ver cómo le arrebataban todo tan fácil.

No no no. Mis cosas.

Me moví hacia adelante y un empujón fuerte me llevó directo al piso, mientras después de eso salían expelidos corriendo hacia la salida. Mi antebrazo ardió, por el roce y me aferré a él, lloriqueando en silencio.

Maldición, no podía quedarme aquí sin hacer nada.

Intenté pararme cayendo de nuevo, mi trasero llevándose todo el chasco y cuando pude hacerlo troté hacia donde se habían ido. No había señales ni rastros de que hubiesen estado allí. Las pocas personas que se encontraban parecían muy metidas en sus cosas y lloriqué de nuevo, recordando que habían robado mi cartera. Aún estaba en estado de shock y en realidad nunca había pasado por esto, así que no sabía que se suponía que debía hacer. No estaban por ningún lado ¿cómo se suponía que podría recuperarla?

Claro, los guardias de seguridad. Tal vez ellos hubiesen visto algo.

Me acerqué rápidamente con la esperanza a uno de chaleco verde que estaba aparado en la puerta y después de halar su franela para que me prestara atención me miró, despreocupado.

—Mí... mí cartera, acaban de robar mi cartera—le dije, señalando hacia afuera y él levanto una ceja, mirando por encima de mi hombro.

— ¿Andas sola? —fruncí el ceño. ¿Qué carajos importaba eso?

—Sí, acaban de robar mi cartera—repetí, inquieta.

— ¿Quiénes? —resoplé, el quejido saliendo incompleto por los sollozos.

— ¡No lo sé! Si lo supiera no estuviese pidiéndole ayuda.

—No grites niña, ¿aún están aquí?

—No-lo-sé—respondí, frotando mí brazo.

—No puedo hacer un escándalo si no sabes nada de eso, niña—dijo, cruzando sus brazos hacia adelante y dispuesto a mirar a otro lado—además ya vamos a cerrar, no debiste estar sola a estas horas.

Mi boca se abrió y mis cejas estaban tan arrugadas que la frente me dolía.

Las lágrimas habían salido involuntariamente haciendo que mi cara se sintiese pegajosa. ¿Qué tan hijo de puta tenía que ser para hablarle así a alguien?

—Jódase—refunfuñé, empujándolo con el hombro que no me dolía y salí, el frío azotándome como un latigazo. Los pocos coches que estaban parqueados afuera estaban comenzando a arrancar y pensé seriamente en esconderme en uno de ellos y luego salir de sorpresa y pedir que me llevaran a casa. Pero no, estaba desesperada más no loca.

Los pelitos de mi nuca se erizaron y mi estómago comenzó a revolverse en cuanto vi que la noche se estaba acercando y que no tenía dinero ni nada para irme. Mis hombros se fueron hacia arriba y mi nariz se puso caliente soltando los sollozos que había tenido reprimidos, haciendo que mi respiración se sintiese entrecortada y horrible.

No podía recordar otra cosa de valor más que mi dinero en la cartera y en realidad no tenía ganas de hacerlo. Ya con saber que no sabía cómo devolverme a mi casa era suficiente para sumirme en la miseria del llanto y la

desesperación.

El supermercado estaba comenzando a cerrar y podían escucharse el sonido de las llaves y las cerraduras abriéndose paso.

Un coche que estaba cerca de la entrada encendió sus luces y subí la mano para tapar el efecto que causaba el reflejo en mis ojos ya que a esta hora no había nada que lo contrarrestara. Lo sentí avanzar y me moví hacia más atrás de su paso y las luces cesaron cuando el motor descansó justo a mi lado.

Me agarré a mi vestido, siendo lo único a lo que podía aferrarme y di más pasos hacia atrás cuando bajó sus ventanas.

—Hola, ¿estás sola aquí? —preguntó, lo que parecía ser un señor mayor, asomándose por debajo de la ventana mirándome con ayuda de la luz de dentro del coche.

Mi respiración se me atravesó en la garganta y me asusté, sin saber qué hacer. No quería que volviese a pasar lo de hace rato por nada del mundo y aunque me había subido a coches de extraños muchas veces en este momento no quería tener que experimentar nada.

—Es...estoy esperando a... alguien—dije, las palabras atravesándose una con otra conforme las decía.

— ¿Segura? —Miró por el retrovisor hacia atrás y el pecho se me apretó con ese movimiento— ¿no quieres que te lleve a tu casa?

—Sí, ya viene a buscarme, no se preocupe—dije, intentando sonar segura y no aterrada.

—Mmmm—hizo con los labios, y esperé que por obra y gracia del cielo me creyera y se fuera. No sonaba malo ni nada, pero de verdad no estaba buscando descubrir si lo era o no— está bien, ten buenas noches—alzó la

mano para darme un saludo.

—Gracias, igual—se lo devolví, respirando fuerte cuando el motor volvió a rugir para arrancar.

Cerré los ojos y apoyé las manos en mis piernas preocupada cuando los abrí y vi que ya mi sombra no se veía en el piso. La oscuridad estaba empezando a hacerse protagonista y yo seguía aquí, varada. Pasé las manos por mi vestido, frustrada y fruncí el ceño cuando sentí algo duro contra mis dedos.

Mis cejas se alzaron de inmediato y desesperada revisé el bolsillo de mi vestido, una ola de alivio recorriendo cada centímetro de mi cuerpo cuando recordé que yo había sacado mi teléfono de la cartera junto con mis audífonos para escuchar música al hacer las compras. Lo sostuve y lloré de felicidad cuando lo conseguí, pegando un gritito por lo bajo con miedo de que alguien se enterara que estaba sola y moví mis piecitos contra el piso.

Bien, al menos no había perdido mi teléfono. Pero volvía a ver a caer en el mismo estado de desesperación al no saber qué hacer igual.

Lo encendí y chillé cuando vi que sólo le quedaban doce por ciento de batería. Tenía que pensar rápido.

La luz me cegó cuando pegó directamente contra mi cara y entrecerré los ojos para buscar el número de Hannah. No hacía nada con llamarla porque ella tampoco podría hacer nada, pero ahora necesitaba más que nada apoyo moral para no caer en depresión.

“Hola, soy Hannah. Ahora no puedo atenderte, por favor deja tu mensaje”

—Maldición —chité en voz alta pasando la mano por mi cara.

Una vez más.

“Hola, soy Hannah. Ahora no puedo atenderte, por favor deja tu mensaje”

Volví a chitar, debía estar dormida ya. Un bombillo se encendió imaginariamente arriba de mi cabeza y con ayuda de mis uñas destapé la tapa haciendo que saliera el papel que tenía guardado allí. Mordí mis labios, mirándolo y sosteniéndolo entre mis dedos como si fuera mi única opción y salvación.

Cerré los ojos y después de respirar profundo, hice a usar el diez por ciento que me quedaba y aplasté la dignidad que tenía.

Después de todo, iba a terminar haciéndolo.

El click sonó.

—Hey Brahma.

Capítulo cinco

No iba corriendo tan fuerte como lo había hecho las dos veces que me había subido a su moto con él, pero me aferré a su espalda y su cintura como si fuese a salirme con cada curva que daba. Debía estarlo asfixiando o incluso ya debía haberle roto algo de su caja torácica, pero por alguna razón no podía ni quería soltarlo mientras fuéramos de camino. Tenía puesto, como siempre, un suéter y el caliente de su cuerpo hacía que no sintiera que me iba a congelar.

Mi cabello se revolvía y pegaba fuerte sobre el labio que tenía lastimado y cerré los ojos intentando no sentirlo por el aire fuerte que pegaba a estas horas. Afortunadamente la noche no estaba tan oscura como de costumbre y la luna había hecho un buen trabajo vistiéndose completa de blanco.

Mis ojos entrecerrados podían ver con dificultad los árboles del camino y supe que ya estábamos llegando a mi casa, así que apreté las piernas contra el asiento cuando echó su pie hacia atrás para estacionarse en la entrada.

Mi vestido se levantó hasta mi barriga cuando me bajé y avergonzada apresuré a sostenerlo con mis manos chillando internamente. Caminé hasta la puerta y me siguió, dando pasos cortos. No había hablado en todo el camino y cuando me recogió sólo se aseguró que estuviese bien y sana sin decir mucho, casi sin decir nada. Se sentía extraño que estuviese callado ya que la personalidad de Joy era muy extravagante, pero hasta yo había estado sin decir una palabra.

Suspiré, porque sentí un gran alivio al ver la puerta de mi casa y moví mis dedos a mi costado para buscar las llaves en mí...

—Dios, no—murmuré apretando la mano en un puño.

— ¿Estás bien? —preguntó, en el mismo tono bajo que yo había usado.

—Mis llaves, estaban en mi cartera—mordí mis labios y tomé una respiración por dentro.

—Maldición, sí—chitó, y fue la primera vez que lo escuché decir esa palabra de las veces que se había sorprendido por escuchármela a mí.

—Odio todo—dije, y mi voz sonó como la de una niña de cinco años, pero estaba tan molesta y triste que no me avergoncé por eso. Mordí mis labios para intentar detener el llanto que sabía que venía cerca, pero igual sentí como mis ojos se cristalizaban poco a poco, llegando a un punto en el que empezaron a arder.

—No, no, no, no—repitió alarmado y salté del susto—no llores, por favor no llores—dijo moviendo sus manos hacia adelante y atrás buscando tocarme, pero arrepintiéndose al instante una y otra vez— ¿quieres que te lleve a algún otro sitio? ¿Una amiga? ¿Un familiar? —agachó su cara a mi altura para poder verme y lo alto que era me sorprendía.

—Mi única amiga es Hannah y no contesta su celular. Ella tiene una copia de mi llave y por eso no estoy al borde de la muerte si se trata de mañana, pero debe estar dormida y debe haber apagado su puto celular—sollocé, algo halagada por la atención que me estaba dando y diciendo bajito la grosería— además vive con su madre e irrumpir a esta hora en su casa no creo que sea la mejor idea—eché la cabeza hacia atrás—odio todo—repetí, esta vez con el tono de mi voz normal.

El silencio inundó el espacio por un momento y soné mi nariz para que no se sintiera tan vacío. No era ingeniosa la idea ni la mejor tampoco, pero odiaba los silencios incómodos donde ni un grillo salía a cantar.

Me arrimé a la puerta y toqué la cerradura por puro martirio, torturándome con querer estar en la comodidad de mi cama y llorar hasta quedarme dormida.

La escena me recordaba algo a la vez que había salido con él, a diferencia de que en esa sí pude entrar a mi casa y en esta era casi imposible a menos que destruyéramos la entrada y esa no era precisamente el mejor plan. Un escalofrío me recorrió al recordar el incidente y sacudí la cabeza.

—Puedes quedarte en mi apartamento si quieres—dijo, casi que sin escucharse pateando una piedrita en el piso metiendo las manos en sus bolsillos. Mis cejas se alzaron y mi boca se abrió para hablar, pero me la cortó de inmediato— no es lo mejor pero no sé qué hacer, no quiero que te quedes sola esperando a conseguir algo seguro e incluso me da miedo dejarte sola en tu propia casa—mis mejillas se pusieron coloradas— y yo no tengo problema con eso—se encogió de hombros.

—Pe...pero ¿estás seguro?

—Claro—afirmó.

— ¿Y no les molestará?

— ¿A quiénes? —arrugó las cejas, mostrando sus dientes en una sonrisa. Mi estómago se revolvió, y esperaba que no fuera por haberlo visto hacer ese movimiento que se le veía tan bien y excesivamente espectacular.

—No lo sé, la gente con la que vives, tu familia, no lo sé—me excusé atropelladamente.

—Vivo solo Cherry—volvió a sonreír y mi estómago volvió a rugir y lo regañé internamente—Donde me quedo aquí, estoy solo.

—Oh—fue lo único que pude pronunciar.

—Si no quieres lo entiendo, pero no sé qué más podemos hacer, tú sólo dime y lo haré. Te llevaré a donde quieras.

No lo había visto directamente a la cara y mucho menos a los ojos porque no había tenido idea de cómo hacerlo después de lo que había pasado, pero ocurrió tan natural que me perdí en el brillo fugaz que pasó entre sus pupilas cuando dijo eso. Lamí mis labios, arriesgándome a hablar sin pensar y como un botón, salió.

—Llévame contigo.

...

— ¿Tienes sed? —preguntó sacando sus botas y asentí, sonriendo cuando vi que sus medias eran azules con estrellitas negras por todas ellas.

—Déjame adivinar, ¿tu color favorito es el azul? —me atreví, señalándole con la boca hacia sus pies.

Me había quedado sentada en el sofá de su sala con las piernas juntas, algo tímida por entrar a su casa. Nunca me la había imaginado, pero si lo hubiese hecho estoy segura de que no hubiese lucido en mi mente como luce ahora.

Era un espacio pequeño, pero bastante acogedor. Tenía posters y carteles e incluso algunas señalizaciones pegadas a las paredes junto con cuadros de pinturas. No había fotos ni nada por el estilo, pero no había espacio vacío para otra cosa más en ninguna pared. Era bastante agradable para como solía ser el típico apartamento de soltero. El olor a desinfectante armonizaba con el ambiente limpio y me sorprendí de que entre los posters no hubiese ninguno predecible de alguna mujer desnuda.

A los que había ido generalmente la cerveza apestaba a tres días de haberla dejado vomitada en una franela tirada en la cocina y las paredes solían estar llenas de cualquier cosa que no fuese agradable de ver... ni tocar mucho

menos. Qué buena vida me daba, dije en mi mente, en sarcasmo.

—No tengo nada favorito—dijo abriendo la nevera para pasarme un vaso con agua—pero me gusta mucho el azul—asintió sonriendo estirando la mano para pasármelo— ¿tu sí?

— ¿Qué si tengo un color favorito?

—Ujum—respondió tomando agua también.

—Claro ¿no se nota? —sonreí, haciendo énfasis en mis labios con mis propios labios. Era un milagro que aún les quedara algo de labial. Pero al moverlos hacia abajo la raspadura que tenía ardió y coloqué el vaso de agua entre mis piernas para acariciarla con mis dedos.

— ¿Te duele? —preguntó acercándose habiéndose dado cuenta haciendo un espacio a mi lado en el sofá.

—Sí, no recordaba que eso estaba allí—dije arrugando las cejas por lo fuerte que estaba comenzando a arder.

Frunció sus labios y se paró rápidamente a buscar en su despensa una cajita con algo que pareció ser un montón de algodones. Solté una risita, seguida de un quejido en cuanto el dolor volvió a hacerse presente y el sabor a óxido de mi sangre entre mis dientes también.

—No muevas—chistó, mojándolo con alcohol.

Tragué saliva para no fruncir los labios y me quedé quieta esperando a que me limpiara. Me sentía segura y completamente Mónica cuando hablaba conmigo, pero no entendía que le pasaba a mi cuerpo cada vez que su rostro o su cuerpo estaban a menos de cinco centímetros del mío. Y no sabía que era, pero estaba comenzando a odiarlo. Antes no podía sentir más que repulsión y de repente mi cuerpo había decidido cambiar papeles.

Sus cejas estaban arrugadas ligeramente y unos pelitos se habían movido hasta su frente y sentí la necesidad de acomodarlos hacia atrás. Sus ojos estaban concentrados en mi boca, bueno, en la herida de mi boca y me sumí en la lujuria de ver la suya por un momento. Se había cambiado el piercing y la figura que tenía ahora parecía ser un espiral. Le quedaba del demonio y quería tocarlo.

De verdad quería hacerlo.

Y dios mío... lo estaba haciendo.

—Lo compré ayer—dijo, aún concentrado en limpiar la sangre que se había corrido hasta mi barbilla, relajado— ¿te gusta?

No podía hablar y sabía que sí lo hacía sonaría horrenda así que limité a asentir quitando los dedos de inmediato de su boca, mis dedos extrañando el calor que le habían provocado.

Se irguió, sin quitar los ojos de lo que estaba haciendo y con dos puntaditas finalizó la limpieza.

—Si encuentro a quien te hizo esto lo mataré—dijo, poniendo sus manos sobre sus piernas y yo hice a sonreír, pero parecía muy serio para haber sido una broma así que respiré profundo sin hacer nada— ¿tienes hambre?

Negué con la cabeza y un sonido extraño de parte de mi estómago destapó mi mentira y el soltó una carcajada.

—Me quedo con el sí—dijo riendo aún— había comprado comida china para hoy.

—Oh, ¿de verdad?

— ¿No te gusta?

—Me encanta, mamá y yo teníamos días de comida china en la casa,

generalmente los jueves o viernes. Pero después de que me mudé sola no la volví a probar—conté frunciendo con cuidado los labios.

—Que tradicionales—sonrió, sirviéndome—nosotros siempre comimos en casa, he venido a probarla ahora—volvió a sentarse conmigo y colocó el plato con delicadeza sobre mis piernas.

— ¿De verdad? Wau— dije, metiéndome el primer bocado a la boca, arrugando la nariz cuando el dolor comenzó a palpitar.

—Sí, no teníamos los recursos para eso, así que no nos preocupamos nunca por comer así—agitó su mano como si no importara.

En su apartamento no había fotos de ningún tipo y ni siquiera de él así que me tomé el atrevimiento de preguntar lo que no había querido el día que habíamos salido.

—Cuando dices nosotros ¿te refieres a...?

— ¿Cantidad? —Asentí varias veces —somos seis, todos varones—mis ojos se abrieron como platos—sí, mis padres no tenían televisión—rió, acompañándome en la carcajada cuando entendí el chiste.

—Debe ser emocionante, yo soy hija única—ladeé la cabeza.

—Mmm lo es, hasta que llega la hora de dormir y tienes que tratar de agarrar la esquina antes de que te la quiten y tengas que pasar la noche temiendo ser aplastados por todos.

—Auch—me quejé, sin imaginar cómo podía ser eso.

Me levanté dirigiéndome a la lavandera y después de lavar mi plato lo dejé allí dándole gracias a Joy por la comida. Había echado un poco de agua sobre la herida del brazo de la que él afortunadamente no se había dado cuenta. Habría querido matar a más personas si la hubiese visto.

—Bien, ¡hora de dormir! —dije intentando parecer animada echándome en el sofá.

— ¿Qué haces? —rió.

—Preparándome para dormir—respondí, en una mezcla de pregunta y afirmación, como si lo que hubiese acabado de decir ya no hubiese cubierto eso.

—No dormirás allí—me tomó del brazo.

— ¿Qué? ¿No? ¿Por qué?

—Jesús, haces muchas preguntas—una esquina de su boca se curvó y me hizo caminar a su paso aún sosteniéndome el brazo— tú dormirás en mi cama.

Mi boca se abrió ligeramente y él pareció notar mi inquietud—No te preocupes Cherry, no te tocaré, ni haré nada. No pasará nada—imitó mi rodeo de ojos—a menos que tu quieras que pase—el caliente de mi vientre subió a mis orejas y sacudí mi cabello disimuladamente para que no se notara —es broma, no te asustes.

No estaba asustada, eso no era lo que hacía que todo mi cuerpo se volviera loco.

Su mano se aferró a mi muñeca y caminó conmigo hasta dar a una puerta marrón al fondo del pasillo. Él abrió la puerta y entré, viendo su cama de hierro negro paralela a la línea de ventanas en el extremo de la habitación. Las paredes estaban desnudas a excepción de una solitaria gorra encima de la cabecera. A diferencia de su sala de estar, no había poster ni cuadro ni señaléticas ni absolutamente nada. Su cama era negra, su alfombra gris, todo lo demás en la habitación era blanco. Parecía como si acabara de mudarse. Tal vez eso era.

—Iré a bañarme, puedes acostarte de una vez si quieres—murmuró bajo, como si ya estuviese dormida apagando la luz cuando salió.

Asentí a la oscuridad y sentándome en la orilla me quité las sandalias sacudiendo mis pies.

Las sábanas eran suaves y olían al mismo desinfectante de la tela del sofá.

Acaricié mis piernas mirando hacia todos lados cuando se hubo ido y respiré profundo sin poder creerlo. Había sido incapaz de poder respirar bien teniéndolo tan cerca, así que mis pulmones clamaron de alegría cuando lo hice.

Estaba tan atónita que toqué varias veces la almohada para asegurarme y convencerme de que esta no era mi cama y de que estaba acostada en la de alguien que hacía unas semanas quería asesinar con un bolígrafo por ser tan egocéntrico y por haber arruinado mi vestido y del que me estuve escondiendo para no tener que verlo de frente durante esas mismas semanas.

Tomé la sábana que estaba allí y me cubrí de los pies a la boca, porque el frío que entraba por la ventana era tenaz y mis dientes ya estaban comenzando a tiritar.

Cerré los ojos, mis pestañas pegando contra la sábana y al pasar unos diez minutos una luz me hizo despertarme de nuevo.

Había entrado, y echó a andar por la habitación con una toalla alrededor de sus caderas. Tiré hacia más debajo de mi visión la sábana y no pude evitar abrir la boca al descubrir que toda su espalda y sus brazos estaban llenos de tatuajes, que lo que escondía detrás de esos suéteres y camisas mangas largas que usaba todo el tiempo era que no había espacio que no tuviese rayado. No podía creerlo. La paloma en su cuello era el inicio de cada uno y todos estaban entrelazados entre sí.

La luz del cuarto estaba apagada pero el reflejo que entraba por la puerta abierta me permitía ver con algo de dificultad lo que tenía en frente.

Flexionó los músculos de su espalda para alzarse a buscar algo y dos hoyuelitos al finalizar, acercándose a donde comenzaba el trasero me saludaron haciendo que me sonrojara con sólo verlos.

Se había colocado un bóxer por dentro de la toalla y después de meterse en una franela la desprendió y se movió, haciéndome girar la sábana lo más rápido y callada que pude para que no me descubriera espiando en su cuerpo.

Escuché el tronar de sus huesos y acto seguido el crujir de la cama cuando sintió peso.

— ¿Dormirás aquí también? —Pregunté, volviéndome para mirarlo. La luna llena fuera de la ventana oscureció su rostro.

Pegó un salto y puso una de sus manos en su pecho.

—Por dios, estabas despierta—bufó, soltando una risita y después hizo como un silbido, aliviado— Bueno sí. Esta es mi cama.

—Lo sé, pero...—no, debía dejarlo hasta ahí, no tenía muchas opciones.

Joy sonrió y negó con la cabeza— No pasará nada Cherry, tranquila, confía en mí.

La tranquilidad con la que lo dijo y su seguridad fue tan dolorosa que me sentí estúpida al preocuparme por quedarme a dormir en su casa y en su cama. Nunca un chico había actuado tan tranquilo de esa forma conmigo y lo peor del caso es que él había entrado en la lista de esos chicos.

Me estaba matando a mí misma confundiéndome yo sola pero no podía evitar hacerlo cada vez que hacía comentarios como esos o incluso cuando había rechazado besarme después de haber estado dispuesto a hacerlo.

Me mataba saber que era lo que estaba mal conmigo. Y que hacía que sus comentarios cambiaran tan repentinamente de un momento a otro.

—Está bien—sonreí de medio lado, aunque él no pudiese verme con claridad.

—Mónica—habló. Casi nunca usaba mi nombre así que lo que diría sería importante— sé que no es un buen momento—podía sentir su aliento a menta desde donde estaba ya que me había volteado y cerré los ojos respirando profundo para que se quedara en mí—pero lo del otro día...—los abrí de golpe.

—Está bien Brahma —dije, intentando sonar despreocupada— no te preocupes por eso, está bien.

—No, ese día yo...—su mano se movió por debajo de la sábana y tomó uno de mis dedos enviando una corriente eléctrica por todos ellos.

—Yo... tú... está bien...—dios, cállenme.

—Vi algo que no quería ver ¿bien? No fue nada que tuviese que ver contigo —había abierto la boca para interrumpirlo de nuevo pero lo que dijo me hizo bajar la guardia— sé qué piensas que soy un egocéntrico, pero no soy tan cruel como para dejar a alguien que se muere por besarme así—había estado escuchado todo con total atención, sonriente pero lo último me frenó.

— ¿Qué? —pregunté, atónita.

— ¿Qué? —preguntó, despreocupado.

— ¿Me moría por besarte? —bufé. Sí.

—Vamos Cherry, los dos sabemos que sí y no porque yo sea lo que pienses que sea—casi podía sentir su sonrisa en la oscuridad.

Las dudas que tenía sobre la tranquilidad de sus comentarios habían desaparecido y todo lo que había estado hace un momento se había esfumado.

No podía verlo, pero si pudiera hacerlo hubiese jurado que se habría visto justo como esa vez en el bar.

—De verdad eres el tipo más egocéntrico que he conocido—me decepcioné del momento.

— ¿También soy tu primero en eso? —soltó una risita corta.

—Idiota—puse en blanco los ojos.

Haló mi mano hacia el centro de la cama y sentí como vestido se enredaba entre mis piernas por la fuerza que había utilizado.

—No fue nada que tuviese que ver contigo Cherry—dijo de nuevo, sin usar el tono irritante que me había hecho bajar los ánimos.

— ¿Entonces qué fue?

—Eso no importa

— ¿Es algo de lo con lo que buscas ser reservado? ¿Quién podría ser reservado con algo como eso? —cuestioné, casi chillando con mi tono de voz.

—Eso no importa Mónica—repitió, firme. Pellizqué la parte de mi boca que no estaba cerca de la herida y eché la mano que me había agarrado hacia atrás sin lograrle soltar de su agarre.

—En fin, está bien, no tenías que preocuparte por eso

— ¿No? —preguntó, su voz tornándose ronca de repente. Lamí mis labios.

—No—respondí, con la misma firmeza que la de él.

O bueno, al menos haciendo el intento.

—Qué extraño—volvió a halar con fuerza, pero sin lastimarme mi brazo hacia el centro y me sorprendí de ver que mi cuerpo se había deslizado hasta

allí también. Mi vestido ya estaba encontrando camino mucho más arriba de mi vientre y agradecí que la sábana estuviera cubriéndome.

—Sí, imagino

—Creí que querías besarme—la cama sonó cuando su peso se acomodó más cerca de donde había halado mi cuerpo y pude sentir su franela pegando contra mi brazo, así que ya debía de estar muy cerca— ¿estás segura de que no? —preguntó de nuevo y estaba segura de que sonreía jugueteando con su piercing. Su aliento había comenzado a sentirse mucho más fuerte y cuando volvió a respirar, supe que de verdad estaba demasiado cerca.

—No... Sí... sí, estoy segura—me abofeteé mentalmente.

—Qué triste, yo si moría por besarte a ti—la mano que había tomado mi muñeca subió, haciendo cosquillas por mi brazo descubierto hasta llegar a mis hombros deslizando unos círculos con los dedos.

Cerré los ojos, sabiendo que al menos no me podía ver y lamí mis labios, luchando con lo estúpidas que se ponían mis hormonas cuando lo sentía cerca.

Su mano acunó mi cabeza, acariciando mi cabello y las cosquillas en mi nuca me hicieron erizarme como un gato.

No podía caer en esto de nuevo, Joy era un idiota. Un idiota bueno y amable... y excesivamente espectacular, pero seguía siendo un idiota.

— ¿Sí? —pregunté, juguetona, esperando lo que venía.

—Ujum—respondió, su voz ronca otra vez.

—Mentí—sonreí.

—Lo sé—rió.

Dejé con toda la fuerza de voluntad que eso implicaba que se acercara más y apreté mis dedos cuando sentí su boca acercarse a mi cuello y a través de su bóxer como cada vez se disipaban más las dudas de por qué su tranquilidad cerca de mí. Mis uñas empezaron a lastimar mis palmas cuando se alejó, subiendo hasta mi barbilla y al sentir su piercing contra mis labios, avisándome lo rápido de su cercanía, me moví hacia un lado haciendo que su boca se abriera para atrapar la mía.

De verdad había usado toda mi fuerza de voluntad. Subí la mano y la detuve en su pecho delicadamente.

—Es hora de que durmamos Brahma— dije quitándome, haciendo que su agarre se aflojara en mi cabello.

— ¿Qué? —podía escuchar su respiración cortada desde allí y grité victoria por dentro.

—No tiene nada que ver contigo—susurré—sólo quiero dormir.

Hice a acomodarme donde había estado antes, a la orilla de la cama y no lo sentí moverse desde que me quité.

—Buenas noches Joy—murmuré y lo escuché chitar.

—De verdad estoy comenzando a odiar esa frase.

Capítulo seis

Un sonido horrendo me hizo saltar de la cama y tapé mis oídos sin saber de dónde me venía.

—Dios, ¡¿qué carajo es eso?! —grité, mis ojos entrecerrados por la luz que se filtraba por la ventana.

No paraba de sonar así que me imaginé que sería el despertador. Casi parecía que acababa de dormir.

Estiré la mano para ver si lograba apagarlo, pero al parecer estaba del otro lado. Me moví para hacerlo y me asusté cuando sentí piel caliente en mis dedos. Ciertamente, no estaba en mi casa. Traté de recordar donde estaba. Cuando la respuesta me llegó a la mente me mortificó el hecho de que pensara que lo había hecho a propósito.

—Joy, apaga eso, por favor—me quejé cubriéndome con la sábana de nuevo.

El sonido estruendoso siguió su curso, sin detenerse a nada y grité al quedarse atrapado en mi cabeza.

— ¡Joy! —me quejé, viendo como estaba aún cubierto hasta la cabeza, profundamente dormido. Le di un codazo, pero ni se inmutó a despertarse— Ahg maldición.

Estiré mi cuerpo por encima del suyo para alcanzar el horrible aparato y tuve que subir mi pierna hacia la suya para lograr tenerlo en mis manos. No tenía idea de cómo se apagaba así que le di varias veces en la parte de arriba y suspiré de alivio cuando el sonido cesó.

Descansé, olvidando que estaba encima de Joy y me quité rápidamente al

recordarlo y caí sobre la almohada nuevamente.

Joy se echó a reír.

— ¿Estabas despierto? —refunfuñé.

—Ayer te negaste a besarme y hoy te me abalanzas encima, decídete, no puedo entenderte si no me das señales claras—dijo destapando su cara de la sábana.

—No me abalancé sobre ti—protesté, quitando la sábana de mi cuerpo también—intentaba apagar el sonido horrendo que tienes por despertador.

—Sí, como digas—se flexionó, haciendo notar las venas de su pecho—por cierto, bonitos pantis—dijo, levantándose por completo.

Miré hacia abajo alarmada y descubrí que mi vestido se había subido hasta por encima de mi abdomen. Lo bajé, a la velocidad del rayo, pero ya no valía de nada. Si quería tapar algo, debía preocuparme más por mi cara colorada que aún no había visto.

— ¿Quieres desayuno? —preguntó, bostezando, alzando sus brazos por encima de su cabeza.

— ¿Por qué ocultas tus tatuajes? —pregunté, haciendo un recorrido con los que se dejaban ver fuera de su franela. Me miró fijamente—No tenía idea de que tenías tantos. Pensé que sólo eran las palomas de tu cuello.

—Haces muchas preguntas—sonrió de medio lado.

—Y tú no contestas ni una—dije poniendo los ojos en blanco, saltando de la cama.

—No los oculto—dijo tocándoselos —me han traído problemas. Y no en todos los trabajos aceptan a un tipo tatuado hasta el alma—rió, por su propio chiste.

—Pero cuando sales, también los tapas. Entiendo en el trabajo, pero ¿por qué afuera?

—Es sólo costumbre Cherry—contestó, pero sabía que lo estaba evadiendo.

Negué con la cabeza, sin saber cuál era su problema y caminé por su costado para recoger mis sandalias.

— ¿Quieres desayuno? —preguntó de nuevo, intentando hacer conversación después de su tono extraño.

—No te preocupes por eso Joy, llamaré a Hannah para recoger la copia de mis llaves y me iré a mi casa a bañarme para ir a trabajar. No creo tener tiempo de eso.

—Siempre hay tiempo para desayunar—dijo, sosteniendo las sandalias que tenía en mi mano y volviéndolas a poner en el piso—Vamos—movió su cabeza señalando hacia afuera de la habitación.

Abrió los cajones que estaban arriba y puso las manos en sus caderas, como si estuviera indeciso de que tomar. Reí, por su reacción y negué con la cabeza.

—No te estreses tanto Joy, sólo es un...

—Shhhh—me chitó— ¿cereal sin azúcar o con azúcar?

—Con azúcar—respondí juntando las manos por debajo del taburete donde me había sentado.

Se sentó junto a mí tomando un taburete también y colocó la leche a nuestro lado.

— ¿Cómo te irás a que Hannah? —preguntó, sabiendo lo que quería que yo respondiera.

—No lo sé, tomaré un autobús o algo, no está tan lejos de aquí

—No tomarás ningún autobús—ordenó, habiendo recordado lo que le había contado.

No tenía idea porque le había contado todo con detalles, pero supongo que porque estaba demasiado asustada como para coordinar lo que decía.

—Te llevaré, buscaremos tu llave y luego nos iremos al trabajo.

—Tengo que ir a mi casa Joy, no me he cambiado

—Puedes ponerte algo aquí si quieres—se encogió de hombros y arrugó las cejas—hay alguna ropa aquí.

—No sabía que tenías ese tipo de gustos exóticos.

—No son míos—carcajeó, con cereal en la boca—hay chicas que han dejado su ropa aquí y no las he desechado.

Algo ardió en mi interior, pero intenté no parecer afectada.

—Estás loco, no sé qué clase de chicas has traído aquí, no me pondré cualquier cosa de cualquiera que hayas traído.

—Yo sé lo que me cojo, Cherry—dijo y la palabra me pegó como una punzada—no te daría algo de cualquier chica que no supiera qué clase de chica es.

—Como sea, no importa—dije moviendo la cuchara alrededor del cereal en repetidas vueltas—supongo que las buscaré en tu habitación entonces—intenté no sonar tan quejumbrosa. Sabía que había hecho bien en no besarlo ayer. Este era la clase de hombre que era.

Al igual que todos los demás.

No sé porque me molestaba tanto, pero una piquiña detrás de mi cabeza había

comenzado a aparecer.

—Ninguna chica entra en mi habitación. Están afuera

— ¿Ninguna chica entra a tu habitación? —pregunté, bufando incrédula.

—No—respondió seriamente dirigiendo la mirada hacia mí por un momento bajando de nuevo hacia su desayuno.

—Pero yo...—comencé sin terminar.

—Entra a bañarte cuando quieras, aún es temprano—dijo, evadiéndome recogiendo su taza de la mesa.

Fruncí mis labios y noté que ya la herida se había convertido en costra y que al menos, ya no dolía tanto como antes.

Lavé mi plato de mala gana, molesta por todo lo que había dicho y lo coloqué al lado para meterme a su habitación a bañarme.

No tenía idea de donde se había metido, pero pasé de puntillas cerrando la puerta, cepillándome los dientes con un dedo.

El agua estaba para tiritar y el aire que había quedado dentro no ayudaba. Me froté el brazo y las partes donde había sentido el tacto de ese hombre y un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordarlo. No quería tener ningún rastro de lo que había ocurrido en la mente y mucho menos sobre mi cuerpo.

Era gracioso como Joy podía tener las cosas mejor acomodadas que yo que era una chica y sonreí al ver el potecito de shampoo que tenía en el estante.

Sentí la puerta abrirse y me pegué a la pared halando la cortina.

— ¡Hey! —me quejé.

—Es mi baño Cherry, sólo vengo a cepillarme, tengo todo aquí—dijo riendo, como si fuera algo obvio.

—Podías esperar a que yo saliera

—No veré nada, te lo prometo—el cepillo ya estaba en su boca.

—Ayer también dijiste eso y no lo cumpliste.

—No pasó nada —refunfuñó.

—No poque tú no quisieras—protesté, buscando ocultar una sonrisa. Agradecía que no pudiera verme en la tela de la cortina.

—Sé que estás sonriendo—escupió. Hizo gárgaras y volvió a escupir—te dejé una ropa porque sé que no la buscaste. Te veo afuera.

Me asomé cuando escuché la puerta cerrarse y vi que había dejado un pequeño vestidito en el lavamanos. Tal vez hasta muy pequeño para mí. Era rosado claro y tenía una especie de volado gracioso pero lindo en la parte de la cintura.

Salí, secándome con su toalla olorosa a perfume de hombre y jabón y como pude intenté meterme en él. Me apretujaba las ganas de vivir y estaba segura de que apenas me montara en su monto saldría volando. Mi trasero había quedado más arriba de lo que quería y mis pechos parecían a punto de salirse de su lugar. ¿Qué clase de mujer había logrado meterse aquí?

—Joy, no sé con qué mujeres has estado, pero wow, esto es algo...—ajustado, esa era la palabra que estaba buscando mientras intentaba sacarlo de mis partes íntimas.

—Santo Dios—murmuró, mientras acomodaba su chaqueta de cuero alrededor de sus muñecas.

—No puedo ponerme esto para ir a trabajar

—Te queda...—su boca seguía abierta—te queda realmente espectacular. Casi tan espectacular como el vestido que...

—No te atrevas a comparar esto con mi vestido, nunca.

—Estás preciosa—dijo, sin quitar la mirada de mi pecho. Me acerqué para tomar su barbilla y la subí.

—Aquí, campeón—rió.

...

Había sido un reto total intentar montarme en la moto así y perdimos media hora del tiempo en risas, caídas e intentos fallidos de montarme de piernas abiertas. Mis tobillos dolían por haber tenido que chocar con los pies de Joy todo el camino y fue la única manera de que él considerara correr a baja velocidad por primera vez en su vida.

—Esto es una locura—grité, con el aire abofeteándome la cara.

—Lo sé, ¿quién corre tan malditamente lento? —se quejó.

—Consíguete golfas más rellenas—me quejé de vuelta y lo escuché reír.

Había preferido que fuésemos al trabajo y encontrar a Hannah de una vez allí, pero mi teléfono estaba muerto en vida y no tendría como avisarle todo lo que pasó.

Joy dio vueltas antes de aparcarse y le golpeé ligeramente el hombro haciendo chocar mi pie contra el suyo.

Fui feliz cuando la bestia se detuvo y juré que nunca en mi vida volvería a subir con un vestido como este. Mejor dicho, nunca volvería a usar un vestido como este. Y menos de alguna tipa que se hubiese acostado con alguien del que no había sido capaz de besar una vez aun habiendo querido hacerlo.

—Con cuidado Cherry—advirtió, ayudándome a bajar sosteniendo mis manos.

Respiré profundo, con lo que pude, por lo apretujado que estaba allá adentro y aproveché el momento en que estábamos solos para decirle.

—Gracias—murmuré, mirando hacia abajo para no tener que verlo a la cara—por todo, fue un viaje extraño, pero gracias por rescatarme ayer.

—No agradezcas Cherry, sabes que lo hice porque quería

—Igual gracias, de verdad, no sé que habría hecho sin ti—asentí, sonando algo cursi, pero con todo lo cierto.

—Boba—sonrió, acariciando mi pulgar con el suyo. Era tan extraño escucharlo cuando no era un idiota y odiaba como mi estómago se revolvía cada vez que eso pasaba.

— ¡Vaya! —mis hombros se fueron hacia arriba, erizándose—Joy, Mónica. Qué bonita sorpresa.

Casi que había olvidado su voz. Casi que había olvidado su patética e irritante voz.

— ¡Jenny! —le sonrió con alegría soltándome las manos para apresurarse a saludarla. Una sensación extraña en mi pecho apareció y esperé que sólo fuera un aire que no había conseguido pasar de mis pulmones hasta mis fosas nasales. Escuché el sonido del pegajoso beso en su mejilla, dejándole marcado el labial y sin quitar las uñas de su hombro me miró.

Venía de bajarse de su coche y a eso sí lo definí como una horrenda casualidad.

—No viniste ayer a trabajar—levantó una ceja—y tú tampoco, tenemos que hablar de eso.

Fruncí el ceño hacia Joy y me extrañé, porque no sabía nada de eso. Él se limitó a ignorar el movimiento y pellizqué mis labios.

—Me sentía mal ayer—dije, cubriéndome el pecho con los brazos.

—No pareces estarlo ahora—protestó, mirándome de arriba abajo.

Sabía cuánto lo odiaba, por eso lo hacía. Era una maldita y lo sabía.

—No, dije ayer—refunfuñé, tragando saliva al instante cuando recordé con quien hablaba.

—Tú y yo hablaremos después—sonrió acercándose demasiado a Joy y moví mis piernas respirando apretado. Él le devolvió la sonrisa y se alejó cuidadosamente— A ti te quiero en mi oficina, ahora—me señaló, haciendo que sus extensiones logaran batirse con el viento.

—Está bien Jennifer—asentí, con la cabeza gacha.

Terminó de cerrar con llave su coche y después de mirarnos de nuevo y atraer a Joy para caminar hacia dentro, me quedé sola mientras él la seguía, sin que mirara una sola vez atrás. Puse los ojos en blanco, pegando un chillido cuando supe que habían pasado la puerta y golpeé la motocicleta con el pie y lo quité de inmediato en cuanto reaccioné a lo que estaba haciendo.

—Oh oh, perdón, perdón—me disculpé con ella como si alguien me estuviese viendo y luego acaricié el cuero del asiento de atrás—tu dueño es un idiota—murmuré, con la esperanza de tragármelo yo misma.

Capítulo siete

—Oh por dios, ¿logras respirar con eso?

—Lo sé, está matándome—dije asegurándome que no hubiese más nadie cerca para sacarlo otra vez de mis partes.

—Aún así te queda espectacular—sonrió, ojos brillando a través de los cristales—Nunca te lo había visto, y menos para venir a trabajar.

—Es porque no es mío—arrugó sus cejas—al parecer las golfas de Joy tienen buen gusto—ladeé los labios y ella soltó una risa ahogada.

— ¿Qué?

—Ya te cuento—dije, bebiéndome el poco de café que había pegado en su taza—necesitaré que me prestes la copia de mis llaves—me preparé para caminar hacia adelante— la perra me espera, te veo luego.

— ¿Qué? ¿Por qué? —se levantó con la taza en sus manos confundida y con una cara de intriga que valía más que cualquier cosa.

Respiré lo más que pude caminando hacia la oficina y me sorprendí de robar miradas de algunos del departamento de fotografía mientras iba de camino. Un chico, del cual no recordaba su nombre porque eran pocas las veces que llegaba a ir allá alzó su mano para saludarme sonriendo y le sonreí de vuelta, eso siendo lo único que me había alegrado el camino de ida.

Llegué a la puerta, acomodándome el vestido por encima de lo que se lograba ver de mis pechos y bajándomelo en el trasero toqué la puerta para entrar. Había risas juntas y lo que me había alegrado terminó por desaparecer cuando lo escuché.

—Pase, pase—dijo, animada y cerré los ojos antes de hacerlo.

Ufff, al menos no estaban cerca, pensé, al verla a ella en su escritorio y a él en la silla donde imaginé tendría que sentarme yo. No quería ver una escena de esas, me repelía.

— ¿Puedes salir un momento Joy? Tengo que hablar con Mónica—le pidió, guiñándole un ojo.

— ¿No puedo quedarme?

—No, necesito que sea a solas—sonrió, ocultando lo irritada que estaba.

Mis manos estaban juntas por delante de mí y Joy me miró cuando caminé hacia la puerta, sus ojos concentrados en los míos. Lo esquivé, lamiendo mis labios cuando me senté, dejando mis piernas abajo. La puerta se cerró y me asusté por la fuerza con la que había sonado. O tal vez sólo fuera estar por primera vez sola con Jennifer en su oficina.

Gracias al cielo no podía ver que estaban temblando mis pies contra el piso y sin prestarme atención, comenzó a acomodar los papeles que tenía sobre su mesa.

Pellizqué mi boca, confundida y pasaron cinco minutos en lo mismo. Firmando, sellando, acomodando, no había dirigido la mirada hacia donde estaba. Exactamente como si se le hubiese olvidado que yo estaba ahí.

Los pliegues de sus ojos no habían sido arreglados lo que me pareció extraño y cada vez comenzaban a notarse más las arrugas que tanto buscaba ocultar con cirugías, más cirugías y maquillaje.

Respiré profundo, casi como un resoplido y esta vez sí subió la mirada, haciendo que me irguiera apenas sentí sus ojos puestos sobre mí.

— ¿Qué pasa? —preguntó y me quedé quieta. No estaba segura de que

responder y fruncí el ceño.

—Me llamó aquí—mordí mis labios—dijo que tenía que hablar conmigo.

—No creo que seas tan estúpida como para no saber lo que quiero—dijo, así, sin ninguna censura. Mi boca se abrió y ella se levantó, acomodando su blazer gris— te estás metiendo con algo que es mío, y eso es un problema ¿qué tan difícil puede ser entenderlo? —Soltó una risita moviendo su hombro hacia arriba— no me gusta explicar las cosas Mónica y me aseguro de que se capten sin tener que hacerlo.

—Pero yo...—me interrumpió, mi voz comenzó a sonar ronca.

—Mira, no es algo contra ti—hizo sonar su cuello—aunque no me caes bien, eres buena trabajando, pero hay más trabajadoras como tú en el mundo—se encogió de hombros y mi boca aún estaba abierta—así que, si me estorbas, puedo conseguir otra. No quiero que eso pase, has trabajado conmigo por años—agitó sus manos— pero al parecer no lo estás entendiendo—apretó sus dientes entrecerrando los ojos—así que para sea más claro para ti, aléjate de Joy—hizo sonar sus uñas en la mesa.

Jennifer había sido una perra desde que la conocí, pero nunca, me había faltado el respeto tan “claro” como lo había hecho. Estaba completamente atónita y mi garganta se sentía seca, rasposa por querer gritarle y responderle de la misma manera que ella lo estaba haciendo ahora.

—Yo no... yo...—pero como siempre, fallaba.

—Sé cómo te mira, y como tú lo miras a él. Eres una mujer más joven, claro está, pero no te ilusiones. Pero a Joy le gustan más, no sé, ¿experimentadas tal vez es la palabra? Puedo decírtelo yo, es todo un bombón con esas cosas —Soltó una risita y el vómito pareció haberseme subido a la garganta—no

quiero tener que repetírtelo Mónica, ya lo sabes—se volvió a sentar rodando su silla hacia adelante— ahora ve a trabajar y bájate ese vestido, pareces una zorra.

Mis ojos estaban ardiendo y obedeciendo al levantar lo halé con mis dedos. Asentí, sin que mirara y abrí la puerta rápidamente sin querer pasar un segundo más allí.

Estaba tan molesta que quería llorar. Molesta porque fuera tan perra. Molesta porque me restregara en la cara las cosas asquerosas que hacía con Joy. Molesta porque eso me molestara. Pero estaba furiosa conmigo misma por permitirme todo lo anterior.

Sabía que mi madre me lo había dicho muchas veces y de hecho sentía que la traicionaba cada vez que me dejaba pisotear.

Sentí que una lágrima había salido cuando hizo cosquilla en mi mejilla. Subí mi mano para limpiarme y la presencia de alguien a mi lado me hizo voltear.

—Hola—dijo en voz baja, aún audible —Mónica ¿cierto?

Lo reconocí como el chico que me había saludado de camino a la oficina y me sorprendió que hubiese llegado hasta donde estaba. Parecía una estrella fugaz intentando escapar lo más rápido que fuese del radar de Jennifer e ir al baño, pero de todas maneras se acercó alcanzándome. Tenía en su cuello una cámara y su cabello estaba perfectamente peinado. Sonrió y sus dientes eran tan blancos que impactaba y sus ojos color avellana brillaron cuando le devolví la mirada.

—Hola—saludé, pero mi voz se escuchó quebrada y raspé mi garganta.

Sus cejas se arrugaron y agachando la cabeza me preguntó— ¿Estás bien?

—Sí, sí, lo siento—dije haciendo el intento de sonreír. Pero forzar solo me

haría irme en llanto si no me iba rápido— iba al baño, te veo en un rato— murmuré poniendo mi mano en su brazo por cortesía.

—Claro, no te preocupes—dijo tomando la mano que había puesto.

Esta vez la sonrisa salió sin ser forzada ante su preocupación y una sombra más apareció entre los dos.

—Cherry ¿qué pasa? —su mano se aferró a mi muñeca y quitó delicada pero posesivamente la mano del brazo del muchacho. Me solté de inmediato y después de volverle a sonreír en disculpa me moví hacia adelante sin mirarlo — ¿Cherry?

Caminé, deseando que las lágrimas no me salieran delante de él e intenté caminar más rápido sin que el vestido no se me pegara entre la entrepierna. Sentía sus pasos detrás de mí y acaricié mi cabello tratando de quitarme la frustración. Era la persona que menos quería ver ahora.

—Cherry—volvió a llamar acelerando su paso conforme a yo aceleraba el mío.

Llegué al pasillo donde estaban los baños e hice a trotar, pero me detuvo su agarre.

— Hey, ¿qué pasa? —preguntó, en tono de reclamo mientras me sostenía.

—Suéltame Joy—ordené, moviéndome hacia atrás.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? —instintivamente toqué mi cara y me di cuenta de que más lágrimas habían salido.

—Tengo que ir al baño—reclamé, intentando soltarme.

— ¿Fue Jennifer? ¿Te dijo algo malo? —solté una risa falsa haciendo que mis ojos se alborotaran. Tenía que irme rápido— ¿Te hizo sentir mal? Estoy hablando contigo Mónica

—Ese es el problema—chillé—no debes hablar conmigo. Ni yo contigo. Y ya, suéltame.

—No te entiendo Mónica, ¿qué pasa?

—No quiero perder mi trabajo—Ahgs, me sentí tan horrenda cuando dije eso. Era una maldita cobarde.

— ¿Qué? ¿Por qué perderías tu trabajo? —Arrugó las cejas y en su descuido logré soltarme caminando rápido hacia el baño y cerré la puerta escuchándolo tocar de inmediato. Un paso menos y me hubiese alcanzando de nuevo— ¿Cherry? Sal

—Vete, es el baño de mujeres—ordené.

—Sal, por favor, no te entiendo. Estábamos bien hace un momento, casi ni parecía que me odiabas—soltó una risa triste y mi nariz se arrugó, por lo caliente que estaba.

—Vete—repetí, en orden otra vez.

— ¿De verdad quieres que me vaya?

No. —Sí.

Lo escuché a través de la puerta respirar profundo y luego sus pasos alejándose. Cerré los ojos, y las lágrimas que había estado aguantando salieron, chillando desesperadamente. Me aferré a mis piernas cuando con todo el esfuerzo del mundo me agaché y mi nariz sonó, con el llanto descontrolado hasta que sentí un suave golpeteo en la puerta.

—Que te fueras—dije, mi voz sonando terrible.

—Soy Hannah Mónica, ábreme ¿quieres?

— ¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté, mi cara puesta sobre mis

rodillas.

—Te vi salir de la oficina de Jennifer y supuse que nada bueno había podido haber pasado— Hannah había aguantado muchas veces mis lloronas por cosas que habían pasado con ellas, pero nunca me había visto llorar de esta forma— además el papacito me dijo, preguntó si yo era Hannah, ¿puedo pasar?

Sacudí mi cabeza, sabía que no podía verme, pero no podía decir otra palabra. La escuché suspirar y luego sus palmas golpearon el suelo mientras se arrastraba bajo el cubículo.

—No puedo creer que me estés haciendo actuar así—dijo, empujándose debajo con sus manos—. Vas a lamentar no abrir la puerta, porque acabo de arrastrarme sobre piso cubierto de pis y ahora voy a abrazarte.

Reí una vez, y luego mi cara se oprimió alrededor de mi sonrisa mientras Hannah me empujó hacia sus brazos. Mis rodillas salieron bajo mí, y Hannah cuidadosamente bajó al suelo, poniéndome sobre su regazo.

—Dios Mónica —dijo, meciéndome en sus brazos. Suspiró y sacudió su cabeza— ¿qué vamos a hacer contigo?

Capítulo seis

Mi semana había sido horrenda, moviéndome del trabajo a la casa y viceversa. Hannah me acompañaba de vez en cuando, después que le hube contado todo lo que había pasado, pero su madre era algo estricta con lo de quedarse hasta tarde por la calle, así que tenía que conformarme con que pasara solo un rato conmigo. Aún así agradecía que la mayoría del tiempo no me dejara sola.

Me había rehusado a llorar más, pero solía molestarme mi propia actitud conmigo misma y cada vez que recordaba lo callada que había estado mientras me destruía con la boca entraba en una descripción indescriptible.

Había estado esquivando a Joy todo lo que podía y en ciertas ocasiones Hannah me había ayudado con eso. Sus mensajes estaban por explotar mi teléfono y para escurrirme en el trabajo al llegar y al salir había sido un total desafío. Solía escaparme antes de la hora para no encontrármelo cerca. Que Jennifer no estaba en descontento prestando su ayuda teniéndolo toda la mañana en su oficina.

Mi cabello estaba hecho un desastre por su rebeldía al no acomodarse, mi vaso de agua ya estaba vacío, y tenía que pararme a volver a llenarlo así que mi vida estaba peor de lo que creía.

Corrí la silla hacia atrás y sacudí mis manos en mi jean para caminar hacia el filtro que estaba en la esquina del otro departamento. No tenía idea porque nunca habían pedido otro para otra parte del edificio, pero la jefa, como siempre, me dije en sarcasmo, debía saber lo que hacía.

Me agaché para llenar el vaso y jugué con mis uñas mientras.

—Hola de nuevo—escuché de una voz algo conocida y volteé, para encontrarlo sonriendo.

—Oh, hola—lo saludé sonriendo también, al muchacho del departamento de fotografía.

—Siento haberte molestado la última vez, no sabía que estabas ocupada—se apenó, recordando la vez que me había hablado.

—No te preocupes—agité mi mano y tomé mi vaso—me sorprendió que me hablaras, aquí casi nadie sabe que existo—reí.

—Yo no diría eso—negó con la cabeza, un hoyuelo escapándose entre su mejilla.

—Igual sólo iba al baño—me encogí de hombros sin saber a qué se había referido. Extendí mi mano libre y se la estreché, presentándome— Mónica.

—Lo sé—rió y mis mejillas ardieron recordando que él me había preguntado si ese era mi nombre— Soy Cole—estrechó mi mano sosteniéndola por unos segundos.

—Mucho gusto Cole—hice sonar su nombre en un tono gracioso en mi voz y rió, mostrando de nuevo su hoyuelo.

Su risa era algo calmada y a un sólo ritmo y no me recordó para nada a la risa de Joy, extravagante y seductora. Su cabello parecía haber salido de un corte de revista y sus ojos eran completamente diferentes a los de él. Su tono de piel era blanco como la nieve y me sorprendí de las pequeñas pecas que el recorrían las mejillas. No parecía tener ningún piercing e incluso menos un tatuaje y franela de polo estaba perfectamente planchada y acomodada sobre su cuerpo. Sacudí mi cabeza al notar que los estaba comparando y me regañé mentalmente por hacer eso.

—No vienes mucho por aquí—dijo refiriéndose al espacio de fotografía.

—Hay mucho trabajo allá—arrugué la boca—y en realidad nunca me he preocupado por entrar aquí. De no ser por este filtro creo que o me hubiese vuelto a topar contigo—sonreí.

—Te habría buscado

—No lo hiciste en una semana, así que no lo creo.

—Oh, que dudosa eres—soltó una risita baja.

—Sólo precavida—tomé un poco de agua alzando una ceja.

—Y divertida—sonrió— ¿estás ocupada hoy?

Me sorprendí, imaginando que estaría invitándome a salir.

—Hasta lo que sé no

— ¿Hasta lo que sé?

—Sí, uno nunca sabe—dije y acto seguido sentí ganas de abofetearme. Había sonado igual que Joy.

—Pues espero que nada irrumpa en tu camino hasta que yo actúe—extendió sus labios— ¿quieres distraerte un rato?

— ¿Hoy a la noche? —pregunté, curiosa.

—Cuando se te haga mejor— hizo un movimiento con los hombros y sonreí, pareciéndome muy linda su amabilidad. Que encantador— ¿crees que puedas?

Abrí la boca para responder gustosa, y una voz me interrumpió—No.

Volteé, impactada y mis cejas se arrugaron en molestia al saber por supuesto de quien se trataba.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — reclamé, claramente molesta.

—Vine a recordarte nuestros planes para esta noche—sonrió, arrugando sólo un poco sus ojos— estará ocupada campeón, lo siento.

Cole se veía apenado y sus mejillas estaban enrojecidas de la vergüenza y a pesar de que me pareció tierno me avergoncé yo misma porque tuviera que pasar por eso.

Apreté los dientes, irritada de que estuviera usando el mismo truco que yo había utilizado para molestarme y me crucé de brazos, ignorándolo.

—No le hagas caso Cole, claro que estaré disponible— Saqué un marcador que tenía guardado en mi bolsillo y garabateé mi número en el vaso que tenía en mis manos pasándoselo. Lo tomó, algo incómodo y tuve miedo de que se hubiese espantado y se retractara—espero a que me llames—le sonreí y él me devolvió la sonrisa, haciendo un gesto de despedida.

Resoplé cuando vi que se hubo ido hacia Joy y me apresuré a caminar a mi puesto.

— ¿Saldrás hoy con él?

—Eso no es tu problema—escupí, molesta por su actitud sin dirigirle la mirada.

—No pensé que te gustaran tan estiradillos—puse los ojos en blanco— ¿saldrás con él? —repitió siguiéndome.

—Fuera Joy.

— ¿Por qué estás tan jodidamente molesta conmigo? —refunfuñó, saliéndosele una grosería.

— ¿Por qué hiciste eso? —me quejé, desplomándome en mi silla.

—Pensé que era algo normal—se encogió de hombros, sonriendo, y chité, sabiendo a que se refería— vamos ¿en serio estás molesta por eso? Acaba de pasar, has estado evitándome durante semanas.

—Una—aclaré.

—Has estado evitándome igual. Ni siquiera respondes los mensajes que te dejo, no entiendo qué te pasa—sonaba adolorido.

—Oh vamos Joy, estoy ocupada ahora.

—No me pareció haber estado escuchado eso con el estiradillo.

—Como si te importara— rodé los ojos—no vuelvas a hacer eso, la primera vez lo espantaste y esta vez también.

—Si le parezco tan intimidante entonces que no se acerque —abrí la boca dirigiéndole la mirada.

— ¿Qué? No tienes derecho a hacer eso porque te venga en gana

—No quiero que salgas con él, ni siquiera es tu tipo.

—Jódete Joy, ¿cómo sabes que no es mi tipo?

— ¿Gel en el cabello? ¿De verdad? —arrugué la nariz.

—Fuera —reclamé, señalándolo con el dedo.

— ¿Tan importante es?

—Tú puedes revolcarte con quién quieras y cuando quieras, no me arruines la primera salida decente que tendré en años con tus caprichos infantiles—hice sonar el codo contra la mesa.

— ¿La primera salida decente? Auch—su expresión se demacró cuando hube dicho eso y sabía que había reaccionado así por la nuestra.

—No te lo tomes personal—dije, sintiéndome mal en realidad, sin excusarme.

—No sé cuál es tu puto problema—dijo, sin alzar la voz, molesto.

Apreté los dientes y le lancé una mirada antes de que se volteara para irse.

—Que yo no soy la del problema, ese es—dije, tirando mis manos sobre el escritorio.

...

“Hola Mónica, ¿cómo estás? Soy Cole. ¿Aún estas libre?”

Piteó en mi teléfono y alcanzándolo con la mano sobre la cocina, sonreí al ver el número desconocido. Chillé, feliz de que no se hubiese espantado por completo y tecleé para responderle.

“Hola Cole, claro, siempre lo estuve”

“¿Pasa algo con el grandote?”

Joy. Reí.

“No, lo siento. De vez en cuando hace eso para bromear” me excusé, mintiendo.

“¿Son sólo amigos?”

Me quedé mirando el mensaje sin saber que responder. No había pensado en qué era Joy. Pero supongo que nadie va a rescatarte a altas horas de la noche en un supermercado si estás sola si no es tu amigo.

“Si. Sólo amigos” lo escribí, leyéndolo una y otra vez cuando lo envié.

“Qué bueno. Asusta un poco” reí.

Otro mensaje.

“¿Puedes llegar a las seis a Dandé’s?”

“¿El restaurant?” pregunté, no porque no supiera, si no en sorpresa.

“Si, el restaurant”

“Claro, ¿nos veremos allí?”

“Sí, bonita. Te espero”

Sonreí, boba porque me había dicho bonita. Me senté en mi taburete y puse la mano en mi cara, algo emocionada.

“Salida con chico guapo hoy” Le teclé a Hannah.

“Pensé que no verías más a Joy”

Rodé los ojos.

“No es el único chico guapo que hay”

“Pero si el más guapo que hay” Resoplé, riendo “Bromeo. Tal vez. ¿Quién es el afortunado?”

“Cole, del departamento de fotografía”

“¿De verdad? He escuchado pocas cosas buenas de él Mónica”

“No lo creo, es encantador”

“Bueno, no lo sé. La gente dice muchas cosas. Igual me cuentas. Joy me ha preguntado por ti”

“No le contestes. Besos. Te contaré al llegar”

“Cuando tal vez yo esté dormida jaja. Besos también, diviértete y cuídate moniqui”

Reí por el apodo y lo guardé entre los mensajes destacados.

Sé que había hecho mal en decirle de esa manera a Joy porque en realidad era

la mejor salida que había tenido de todas, pero no quería tener ningún tipo de contacto cercano con él y mucho menos que se enterara porque lo estaba haciendo. No quería darle ningún gusto ni a él ni a la perra de Jennifer.

Estaba bien como estaba.

No, en realidad no estaba bien. Sólo no quería más problemas. Y si tenía que seguir siendo la estúpida Mónica lo sería.

Mi pecho dolió cuando hube pensado eso y de inmediato la imagen de mi madre siendo golpeada por el hombre que se hacía llamar mi papá y di un golpecito en mi frente para borrar eso de una vez.

Suspiré, entre feliz y triste por haber recordado eso y miré el reloj para ver cuánto tiempo me quedaba para arreglarme.

— ¡¿QUÉ?! —grité en voz alta.

Seis y media.

¿Media hora? ¿Tenía media hora para arreglarme?

Dejé el teléfono en el mesón, corriendo con la toalla para meterme a bañar y hacer todo lo posible por lucir presentable para un lugar como Dandé's. Lo había visto de camino a casa, ese lujoso y vistoso restaurante. A pesar de ganar bien, nunca me habría podido dar el gusto de comer allí.

Su comida era un mes de mi trabajo. Así que era casi imposible.

Salí de la ducha, embobada con mi propio olor a arándanos y me desnudé, mirando hacia el infinito de la ropa de mi clóset. No podía darme mucho tiempo, no lo tenía si quería llegar allí puntual. Pasé la mano por todos los vestidos que tenía y la tela de uno se enganchó entre mis dedos.

Sonreí tristemente al ver que vestido era y lo saqué poniéndolo sobre la cama. Lo miré varias veces, indecisa de si ponérmelo o no y una pequeña, pero no

muy notoria mancha de cerveza estaba sobre la parte donde tenía el escote del pecho. Rayos. Mordí mis labios respirando profundo y froté mi cara.

Basta. Basta de pensar en Joy.

Lo hice entrar en mi cuerpo y me coloqué un hilo del mismo color del vestido que tenía guardado entre la ropa interior que casi nunca me ponía. El baúl de los secretos, sonreí.

Pensé en lo que había dicho Hannah y no pude evitar extrañarme. ¿Qué podía haber de malo con Cole? Por lo que había visto era atento y de hecho bastante amable. Pero como mismo había dicho ella, la gente decía muchas cosas.

Mis piernas se tornearon de una bonita manera cuando me hube colocado mis plataformas y pintarrajeé mi boca para culminar con el resultado. Extrañaba verme bonita. A mi cabello no había mucho que hacerle, así que simplemente lo peiné hacia los lados, dejando que cayera sobre mis hombros descubiertos.

Suspiré, viéndome por última vez al espejo notando lo diferente que me veía de la vez que me lo había puesto. Me sentía poderosa, claro, el rojo siempre había sido mi color, pero no era igual.

Sacudí mi cabeza, absteniéndome de pensamientos tristes y extraños esta noche y salí a la calle, el frío haciendo tiritar mis dientes. Era muy tarde para tomar un autobús y no quería llegar allá con el cabello peor de lo que lo tenía así que al primer taxi que pasó lo detuve.

—A Dandé's por favor —dije frunciendo los labios, arrojándome al asiento.

...

Mis piernas temblaban al llegar, descubriendo como se veía de cerca. Mi boca se abrió, mirando la cantidad de personas que estaban entrando y me sorprendí de que de que hubiese tantas personas que pudieran comer allí.

—Señorita —dijeron a mi lado y me asusté pegando un salto.

—Cole —respondí, aliviada de que fuese él y su corbatín captó toda mi atención.

Su traje negro se ajustaba a su cuerpo y su cabello como las veces que lo había visto, se encontraba acomodado con gel sin escaparse ni un solo pelo. Se había vestido exactamente para la ocasión y muy bonito para ser tan elegante.

Se acercó a mí para darme un beso en la mejilla y a pesar de que al principio me asusté cuando me haló a su cara, se lo devolví también sonriendo. Sus dientes de propaganda de crema dental se mostraron también en una sonrisa y su mano derecha se posó en la parte baja de mi cintura, acariciando mi espalda.

Mi boca se frunció, algo incómoda, pero él no lo notó. No quería pensar que me molestaba, sólo que lo sentía extraño.

Me encaminó hacia la parte de dentro y un hombre con el mismo corbatín de Cole nos saludó pidiendo nuestras reservaciones. Me sentí pequeña e indefensa ante las personas que habían entrado antes de nosotros y mis hombros se bajaron cuando después de revisar en la lista entramos por completo.

El ambiente me hizo abrir los ojos excesivamente y la música de orquesta comenzó a sonar en mis oídos. El aire frío hizo erizar mis pezones, recordándome que con este vestido no me había puesto brasier. Las luces adornaban todo el lugar y podía ver a montones de personas concentradas en su comida.

—Este lugar es... wow —se me escapó decir mientras admiraba lo elegante que era, sin encontrar la palabra que en realidad había estado buscando.

— ¿Acogedor? —sonrió, pareciendo muy seguro.

—Sí, acogedor —mentí, porque acogedor hubiese sido la última palabra que hubiese usado para describirlo.

Me sentía de todo menos acogida.

Me hizo detenerme en una de las mesas cerca al pequeño concierto en vivo que había y me pude erguir completamente cuando su mano dejó mi espalda.

El mantel de nuestra mesa llegaba hasta abajo y fue un reto intentar no poner mis tacones sobre él. Luché en silencio y lo vi tomar la carta del menú. Aferré mi bolso de mano hacia mis piernas y las junté. Apreté mis labios, para que el labial no se desgastara y junté mis manos adelante, esperando a que dijera algo. Dejó la carta del menú y luego vio su teléfono sacándolo de su bolsillo.

—Ahm —llamé su atención, dirigiendo la mirada hacia mí cinco segundos después — ¿habías venido aquí antes? —pregunté, mis esfuerzos por hacer conversaciones latentes.

— ¿Aquí? Claro —hizo un sonido con la nariz — ¿tú no? —me apené por el tono con el que lo había preguntado, pero aun así negué con la cabeza.

—No, yo no... No —sonreí de medio lado.

—Es muy bonito. Y es uno de los mejores restaurantes de la ciudad, así que es cálido comer aquí.

Cálido. De verdad que no estábamos en la misma definición. Mis pezones se sentían duros contra mis brazos que había cruzado para taparlos y el frío en cualquier momento comenzaría a hacer tiritar mis dientes. No era para nada cálido estar aquí.

La música no sonaba a un volumen tan fuerte así que no tuve que alzar

mucho la voz para que me escuchara al hablar.

—Y bien ¿qué quieres pedir? —preguntó después del silencio inminente sin saber que contestar, insinuándome que tomara mi carta también.

—Oh —reaccioné, percatándome de que estaba sobre mi parte de la mesa — pues, no lo sé, ¿Qué me recomiendas tú? —pregunté, viendo sin ningún tipo de deseo los nombres del menú.

—No lo sé te estoy preguntando qué quieres —alzó los hombros. Arrugué las cejas, extrañada de su condescendencia.

—Lo sé Cole, solo buscaba ver que me recomendabas, tú has venido más veces que yo —reí.

—Tú no habías venido —frunció el ceño.

—Sí, sólo... sólo era un chiste —fruncí los labios, queriendo mejor callarme.

—Oh, oh —sonrió, frunciendo los labios también.

Un mesero con el mismo parecido que el hombre de la recepción por su vestimenta y su acento se acercó e hizo una pequeña reverencia alzando la libreta entre sus manos.

—Buenas noches señor Cole.

—Buenas noches Damon —saludó también, sin mirarlo y contuve una risita con que lo hubiesen llamado señor.

— ¿Va a pedir lo de siempre?

—Sí, esta vez doble para la señorita —sonreí de medio lado hacia el mesero y el asintió, obedeciendo.

—Sí que vienes mucho aquí —dije, refiriéndome a lo que acababa de pasar y el sólo movió la cabeza.

Hice sonar mis uñas contra el mantel y una imagen de Joy se vino a mi mente charlando conmigo en el banco del parque de atracciones. No había parado de hablar conmigo y de hacer bromas graciosas para aligerar el ambiente. Sonreí sola, y el recuerdo de su cara cerca de la mía me jugó una mala pasada apareciendo entre las imágenes de mi memoria.

— ¿Estás bien? —preguntó Cole, soltando su celular sobre la mesa.

— ¿Qué? ¿Por qué?

—Tus mejillas están rojas —hizo un gesto señalando su rostro para referirse al mío.

Moví las manos hacia mi cara como si con eso pudiera detener que me sonrojara.

—Debe ser el frío —me excusé, mintiendo de nuevo y bajé las manos para que no se notara que me había apenado por estar apenada.

—Tal vez —sonrió.

El hoyuelo de su mejilla se abrió camino y lo vi por primera vez en la noche. Actuaba extraño de cómo lo había conocido, pero no me preocupé, siempre y cuando no quisiera correr de la mesa.

Habíamos comido, cuando el mesero había venido a traérmola, y desde que empezamos hasta que terminamos el silencio había reinado el ambiente. Sólo podía escuchar mis propios dientes contra lo que creía que era lechuga, porque de su boca masticando tampoco se escuchaba nada. Sus manos se dirigieron muchas veces al celular y sin ofender a la comida, me sentí plato de segunda mesa. No se había dignado a mirarme ni una sola vez y acomodé el escote de mi pecho, sabiendo que no tenía importancia de cómo estuviera.

—Mónica —llamó y miré, luciendo un poco desesperada por atención. Le

sonreí y junté mis manos en espera de lo que fuera a decir — ¿ya terminaste?
—mi sonrisa se desvaneció abriendo la boca y la cerré, unas palabras ahogándose en mi garganta.

—Sí... sí —respondí al fin.

—Perfecto, ¿nos vamos? —preguntó, como en forma retórica levantándose de la mesa.

—Sí, claro —dije, acomodando mi vestido al levantarme también.

Vi viajar su mano viajar de nuevo hacia la parte baja de mi cintura y disimuladamente me alejé quedando algo separada de él, haciendo el simulacro de que revisaba algo en mi bolso de mano. Pude mirar por el rabillo de mi ojo y no pareció muy contento con mi repentina reacción.

Le sonreí al hombre que nos había recibido en la recepción mientras nos hacíamos espacio para salir y sentí como su mano se acercaba de nuevo para tocar mi espalda. Esta vez no se la aparté y él me miró, como esperando que lo hiciera con cierta imponencia. Arrugué las cejas y apreté los labios cuando el frío de afuera se hizo mucho más fuerte, los pelitos de mi nuca erizándose.

Cole le hizo señas al muchacho de afuera y este le pasó unas llaves, que imaginé que eran de su coche. Me empujó hacia el frente y trastabillé con los tacones en el piso quejándome por lo bajo. Caminó hasta un convertible gris plomo y me hizo con la cabeza que me montara.

Al parecer la condescendencia sólo le duraba la mañana.

Me subí, cuidando de que mi vestido no se subiera y acaricié los asientos, arrugando la nariz ante el olor que estaba dentro que no pude deducir que era, pero era parecido al de las velas aromáticas.

Lo sentí subirse e hizo sonar su cuello al erguirse. Junté mis manos al frente aferrándome de nuevo hacia mi bolso y el volteó hacia mí. Sus ojos avellana casi no se veían en la oscuridad, pero sabía que esta vez sí estaba mirándome.

— ¿La pasaste bien? —preguntó y me vi en la tentación en decirle que no. Pero me limité a contestar lo que se suponía por cortesía debía y antes de eso, asentí.

—Sí, la comida estuvo... —empecé, pero no pude terminar cuando su mano fuerte se atravesó entre mi nuca y mi cabello. De un momento a otro sus labios estaban sobre los míos y arrugué las cejas, inquieta. Mi boca seguía presionada, atónita y su lengua hizo camino, aun así, babeándome. Reaccioné a lo que estaba pasando y mis manos se fueron a su pecho para detenerlo.

Notó de inmediato lo que quería hacer y su mano atrapó la mía moviéndola hacia abajo para apretar uno de mis pechos.

Me alarmé y como pude, volví a intentar quitarlo, moviendo mi cabeza hacia atrás.

— ¿Qué carajos te pasa? —dije cuando pude separar mi boca de la suya.

—Dijiste que la habías pasado bien —dijo buscando mi camino hacia mi cuello.

—Para —dije empujándolo. Pero volvió —Para Cole —se negaba — ¡Basta!
—grité, clavándole las uñas en el cuello.

— ¡Perra! —dijo echándose hacia atrás sosteniendo donde le había aruñado.

— ¿Qué carajos te pasa? —dije tocando mi pecho, protegiéndome.

—Te pagué una cena que vale más que tu vida ¿qué esperabas?

Mi boca se abrió en repulsión y me quedé completamente atónita ante lo que acababa de escuchar del chico encantador y condescendiente que me había

invitado a salir.

—Que asqueroso —dije tomando mi bolso que se había caído por el movimiento y llevándomelo al cuerpo.

— ¿Asqueroso? Asqueroso lo que intentabas hacer tú, irte sin pagar —bufó, arrugando su ojo aún adolorido.

—Vete a la mierda —dije, saliendo del coche, cerrándolo con tanta fuerza que creí que rompería el vidrio y corrí hacia la entrada, deteniendo el primer taxi que vi. Afortunadamente no había tardado el proceso porque juro que me habría ido en lo que sea con tal de alejarme de cualquier espacio que estuviese cerca de ese tipo.

No podía creer lo que había pasado y mi cabeza daba vueltas sin parar tratando de captarlo. Mi pulso estaba acelerado y creí que el corazón se me saldría del pecho al igual que mis lágrimas se estaban apresurando a escapar. Le sollocé la dirección al taxista y mirándome por el retrovisor asintió. Froté mis hombros, decepcionada y asustada y sin más ni menos, comencé a llorar.

Sabía que Hannah estaría dormida, pero aún así le tecleé para no sentirme tan sola.

“La gente sabe de lo que habla”

Y guardé el celular cuando vi que estábamos por llegar. Di las gracias y pagué, quitándome de la rabia los tacones antes de abrir la puerta.

Limpié mis lágrimas con mi antebrazo y no creí que la noche para que la que había estado emocionada y para la que me había arreglado con mi mejor vestido fuese a ser tan patética y de mal gusto. Ni tan patética había sido como cuando lo había arruinado una estúpida bebida. Mis pies se paralizaron un momento por el frío que estaba el piso y busqué, desesperadamente las llaves de mi casa.

— ¿Tan estiradillo es para no traerte a casa? Qué horror —escuché a mi lado y solté lo que tenía en las manos tirándolo hacia el frente gritando sin parar —Cherry, Cherry, soy yo, basta —había puesto sus manos sobre mi boca pero mis gritos no cesaron hasta que sus ojos se fijaron en los míos y me aseguré de que el que me sostenía era Joy —Shh, despertaras a alguien, soy yo —dijo y sus cejas se arrugaron cuando la luz de afuera pegó contra mi cara — ¿estabas... llorando?

— ¿Qué... qué... qué estás haciendo aquí? —tartamudeé, mi respiración entrecortada del susto. Sus manos no se alejaron de mi cara y deslizó su pulgar por lo seco que había recorrido mi mejilla.

— ¿Por qué estabas llorando? ¿Te hizo algo? —su frente estaba tan arrugada que creí que se rompería.

—No... no—mentí, mi boca temblando.

—Estabas llorando. Estás llorando—corrigió fijándose en mis ojos rojos— Si te hizo algo dímelo, lo voy a matar.

—Menos te diría si haces eso—negué con la cabeza.

— ¿Pero si lo hizo?

—Es un idiota interesado y asqueroso, eso es todo.

—Igual lo mataré—dijo, mencionándolo seriamente, mi piel sintiendo un escalofrío.

— ¿Qué estás haciendo aquí? En mi casa, en la noche—lo esquivé, sus manos puestas aún en mi rostro, mi cartera aún sobre el piso.

—Necesitaba verte—se encogió de hombros, haciendo que evadiera el tema por completo.

— ¿Sueles hacer eso con las chicas que has salido?

—No acoso a ninguna chica—volteó los ojos.

—Osea que admites que me estás acosando.

—No... no, claro que no—atropelló las palabras y fue la primera vez que lo vi sin total confianza— sólo, necesitaba verte. No entiendo por qué me estás esquivando—fruncí los labios.

—Joy, creí que eso ya había quedado...

— ¿Quedado qué? Sólo me diste un “fuera Joy, vete Joy” y eso no responde ninguna de mis dudas.

—Tú nunca respondes las mías—protesté, sin la intención de que pareciera que le pagaba con la misma moneda.

—Porque no son... importantes—lo pensó.

—Pues esto tampoco es importante entonces—hice sonar las llaves en mi mano siendo lo único que había quedado después del susto.

—Claro que es importante, mírame, estoy rogando para que me digas.

—No me has rogado—solté una risita.

—Pues es bastante parecido a eso lo que hago—alzó las cejas como si fuese obvio.

—Quiero entrar a mi casa Joy—dije y me soltó sin más ni menos. Admito que mi boca se abrió, pero la cerré de inmediato porque yo había sido la que lo había pedido y él sólo había obedecido al instante.

Recogí mi cartera del piso junto con mis tacones y metí la llave en la cerradura girándola. Empujé la puerta y sentí como me empujaban también. Joy había cerrado la puerta tras de sí y mis labios se apretaron entendiendo que era claro que las cosas con él no eran fáciles, así como habían parecido

hace un segundo.

— ¿Ahora me dirás? —se cruzó de brazos quedándose cerca de la salida.

— ¿Qué tanto te importa Joy? —refunfuñé tirando mis zapatos hacia el piso de la sala.

— ¿Qué tanto me importa? —preguntó repitiéndolo, dando pasos hacia donde estaba. Cuando Cole dijo que asustaba un poco reí, pero en realidad estaba de acuerdo. Sin creer que le asustara de la misma forma que a mí. Tomó mis brazos con delicadeza y los junto a su cuerpo, quedando atrapada entre la pared y él—he tratado de llamar tu atención desde la primera vez que te vi en ese bar—mis cejas se arrugaron y no paraba de hablar moviendo su cabeza conforme lo decía— y cuando por fin consigo tenerla y hasta logro que salgas conmigo ¿comienzas a ignorarme? ¿Qué clase de juego es ese?

— ¿Desde la primera vez en el bar? —Mi ceño se frunció involuntariamente — ¿me habías visto? —Reí— eso es imposible.

—Imposible era no verte en ese vestido—su voz bajó—que por cierto odio que te hayas puesto para salir con ese idiota.

Yo también lo odio, pensé, mientras mi cuerpo se iba involuntariamente también debo decir, hacia el suyo, sin separarme completamente de la pared.

—Siento lo de la cerveza, eso no estaba en los planes—soltó una risita, haciendo que su aliento pegara justo en mi nariz y el caliente de mi estómago comenzó a revolverse como de costumbre.

—Era mi vestido favorito—murmuré, siendo lo único que pude ser capaz que decir.

—Lo sé Cherry—sonrió quietamente.

Mis ojos miraron sus labios y después sus ojos y sabía que él entendía lo que

yo quería, incluso hasta primero que yo.

Mis ojos comenzaron a doler y cuando estuve a punto de cerrarlos y mi cuerpo ya estaba derritiéndose, mi mente volvió a jugarme una mala pasada mostrándome una imagen de Jennifer. Los abrí de golpe y lo separé, su cara de confusión pasando más a primer plano que lo que yo sentía ahora.

—Maldición, tienes que dejar de hacer eso.

—No puedo hacer esto—dije, pasando por delante de él para dirigirme a la puerta y pedirle que se fuera, pero de nuevo, sus manos fueron más rápidas que mis propios pensamientos.

— ¿Por qué? —se quejó— ¿aún con eso? —Preguntó, refiriéndose a lo de la otra vez— te dije que no tenía nada que ver contigo Cherry. Alguien que no quería ver apareció y quise sacarnos de allí rápido, eso es todo, no sé cual es tú problema.

— ¿Alguien que no querías ver?

—Soy tan reservado con las cosas de mis trabajos porque los que hice no están dentro de todo lo que podría llamarse bueno ¿bien?

Mi lengua se pegó a mi paladar.

— ¿Y ese alguien tenía que ver con...? —pregunté, mi voz ronca de la vergüenza.

—Sí, ese alguien—lo enfatizó— tenía que ver con eso. No había nada malo contigo, nunca lo ha habido—confesó, quitando las manos de mí y poniéndolas en su cintura.

Mi mente había quedado volando con sus palabras, pero las amenazas y pensamientos sobre Jennifer seguían dando vueltas junto con ellas, martirizándome cada vez que hablaba.

—No es por eso Joy—negué con la cabeza—no puedo hacerlo, no es que no quiera.

—Si no lo haces es porque no quieres, estoy frente a ti y sigues alejándote.

—No sé porque me buscas tanto, tú tienes a...—me detuve y sus cejas se arrugaron esperando lo que venía, pero me tranquilé, mi cuerpo sintiendo repulsión a lo que se imaginaba.

— ¿A quién? —demandó.

—Olvídalo Joy, está bien, esto nunca pasó—agité mi mano y echó su cabeza hacia atrás por un momento y giré la manilla de la puerta sin querer abrirla.

— ¿Es por Jennifer? —Las comisuras de mi labio cayeron ante su nombre—lo es ¿verdad?

—Joy, yo...

—Entiendo que te asuste, te dije que no tenías que avergonzarte de ello, pero alejarte de mí por eso es algo ilógico.

— ¿Ilógico? —Bufé volteando los ojos— la cantidad de cosas que me dice sólo porque el hombre con el que se acuesta merodea otras mujeres no le parece muy ilógico a ella—solté, mi pecho doliendo.

Su risa estruendosa sonó y mis hombros se alzaron en susto por lo repentino que fue. Una lágrima había escapado de su ojo y la limpió con su antebrazo, sus ojos chinos de tanto reír. Me encontraba atónita e intentaba buscar entre las cosas que había dicho que había podido ser tan gracioso.

— ¿Qué? —dijo por fin, soltando una carcajada después de que hubo terminado.

— ¿Cómo que qué? —pregunté, algo molesta por su burla.

— ¿Por qué? ¿Quién...? ¿Por qué dijiste eso? —Otra lágrima había salido de su ojo y presioné los labios sin saber que decir— oh dios mío, en serio fue muy gracioso—vitoreó negando con la cabeza—nunca me he acostado con Jennifer —frunció el ceño sonriendo y las mías se alzaron— es como mi madre, y no sé qué clase de gustos peculiares tenga ella, pero uno de los míos no sería acostarme con mi madre—su boca estaba abierta sin poder creer lo que yo había dicho y la mía se abrió también, sin poder creer que se lo hubiese dicho.

No esperaba que contestara eso ni mucho menos que le hubiese parecido tan gracioso al punto de saber que había sido estúpida creyendo en algo que no era cierto. Mis orejas ardieron y me sentí tan tonta que quise volver a arruinar mi cara llorando otra vez. Sabía que mis mejillas se habían puesto coloradas de la vergüenza y la pregunta que hizo terminó por hacerme sentir peor.

— ¿No querías besarme por eso? —sonrió, claramente divertido.

—Yo, tenía miedo de Jennifer—dije, sin mencionar la verdad completa.

— ¿Y sólo eso? —alzó una ceja, tomando cercanía conmigo.

—Y sólo eso—dije lamiendo mis labios cuando mi estómago volvió a sentir por si sólo la cercanía sin necesidad de que mis verdaderos sentidos le avisaran que lo estaban.

—Que mala mentirosa eres—soltó una risita y abrí la boca para refutar cuando sin más ni menos mis manos estaban por encima de mi cabeza, las suyas en mi costado y sus labios sobre los míos.

Al principio me resistí, pero no tardó mucho para que el caliente de su boca comenzara a hacer efecto en lo caliente que ya estaban otras partes de mi cuerpo.

El calor de sus labios viajó todo su camino hasta mis pies, y lo atraje más

cerca de mí. Había aguantado tanto y sufrido mentalmente por esto que ahora que habíamos dado el primer paso, no tenía intención de detenerme ahí.

Sus dedos viajaron a través de mi espalda y envió corrientes eléctricas por toda ella, deseando que se quedaran allí por un buen tiempo. Su cabello se sentía tan suave entre mis manos justo como imaginé que sería y lo halé, deseosa de que estuviera mucho más cerca.

Podía sentir lo duro que estaba hasta por fuera del pantalón y los vellos de mi brazo se erizaron con sólo saber que me deseaba. No podía creer que estuviese pasando así bajé mis manos de su cabello hasta su pecho y me derretí cuando sus pectorales se alzaron al sentir mi tacto.

Sus dedos habían dejado mi espalda y se movieron hasta mi pecho buscando desesperadamente mis senos. Me arqueé hacia adelante siendo difícil ya que estaba de puntillas debido a lo alto que me quedaba sin tener los tacones y sus dedos encontraron acariciarlo sin esperar mucho.

— ¿Ves que si eres una mentirosa? —susurró, sonando más como otro gruñido.

Un ruido extraño se escapó de mi boca y se apretó más contra mí, sus manos dejando mis pechos para apretar mi trasero y viceversa. Viajaban como si no pudieran tener suficiente de mí y todo en lo que había estado pensando se esfumó como si lo hubiese soplado.

Mi mano bajó desde donde había estado en su pecho hasta la correa de su pantalón y desabroché su cinturón, sintiéndome orgullosa de lo rápido que podía hacerlo.

Agarró cada uno de mis hombros para mantenerme a raya. —Espera un segundo —susurró con una sonrisa divertida, respirando fuertemente—. No quiero que pienses que estás obligada a hacer esto. Te deseo, pero no pasará

así si no quieres. No soy como Cole Cherry, soy un idiota, pero esto no será así.

—No estoy mintiendo esta vez—dije, mi voz quebrada, inclinándome de nuevo y esta vez sus brazos cedieron hasta levantarme sobre él estrellándome impaciente en la cama.

Me besó duro, con ganas. Su camiseta voló con un solo movimiento de su brazo y mí vestido y su pantalón habían sido sólo parte de la historia.

Sonreí al recordar que me había puesto uno de los pantis más sexys que tenía sin saber que esta noche no sólo sería yo la que la admiraría y había terminado siendo la mejor parte.

Su lengua arremetió contra la mía haciendo estremecer mis piernas cuando sus manos se deslizaron por dentro de la ropa interior y esta vez el ruido extraño se convirtió claramente en un gemido.

Mis dedos bajaron a lo largo de su espalda y se instalaron en el elástico de sus bóxers, recorriendo nerviosamente las arrugas de la tela. Rugió, levantándose y tomando su pantalón con desesperación sacó un preservativo que tenía en su cartera.

—Una de las cosas que me enseñó mi padre antes de morir fue que era mejor prevenir que lamentar así que no malpienses, siempre tengo uno ahí—bromeó, mi pecho apretándose por el chiste de su padre, olvidándoseme cuando rompió la bolsa con sus dientes.

No estaba segura de que en este momento pudiese hablar, así que tragué fuerte y mordiendo su labio cuando se acercó desaté mucho más su desesperación.

Se coloco de rodillas colocándoselo y me sentí completamente expuesta, excitada y feliz.

—No tiene que pasar si no quieres, de verdad—dijo una vez apretándose contra mi cuerpo y sonreí, por lo incomprensible y desordenadas que estaban sus ideas.

Dejé que mis manos se deslizaran desde sus hombros hasta su trasero y tiré de él hacia mí. Se apoderó de las viñas de hierro de la cabecera de la cama con las dos manos, y en un rápido movimiento, estaba dentro de mí. Me mordí fuerte el labio, ahogando el grito que estaba arañando su camino hasta mi garganta. Cerró los ojos y dejó escapar un gemido largo y profundo.

—Te... sientes... increíble—murmuró, embistiéndome conforme a cada palabra.

Mis ojos se voltearon cuando su pelvis pegó contra mi abdomen y me pregunté a mí misma que donde habría estado cuando era más chica.

Sus embestidas se volvieron más fuertes y entrelazó sus dedos contra las mías moviéndolas por arriba de mi cabeza. Su boca abrió camino hacia mi cuello y a estas alturas ya mi garganta estaba comenzando a creer que explotaría con los gritos que intentaba ocultar.

Sus movimientos se hicieron un poco más duros, y yo clavé las uñas en sus manos, tensando mis entrañas con una fuerza increíble.

Grité esta vez, sin poder aguantar, mordiéndome los labios y cerrando los ojos, abriendo paso al grandioso clímax que recorría desde mi cabeza hasta los pies.

Una mano en el hierro y la otra en mi nuca, se mecía contra mí una y otra vez, y mis piernas temblaban con sus firmes y determinados movimientos.

Se balanceó sobre mí, sin parar un segundo y metió su cara en mi hombro, gimiendo tan fuerte que tuve que separar mi mano de la suya para cubrirle la boca.

Sus hombros se relajaron y sentí como se desplomaba quietamente sobre mi cuerpo, su respiración fuerte y pesada.

—He estado maquinando esto en mi cabeza desde que estuviste en mi cama
—dijo, aún pegado a mi hombro, posicionando un pequeño beso.

—Mientes—sonreí.

—Lo sé, fue mucho antes—rió, levantándose un poco para mirarme a la cara
— ahora estamos a mano.

Capítulo siete

Había despertado primero y no podía hacer más nada que recapitular lo que había pasado. La ropa aún estaba en el piso, mi cabello había amanecido hecho un desastre más que de costumbre y lo más importante de todo Joy descansaba a mi lado como un bebé.

Movió su boca hacia adelante sin despertar y flexionó su brazo para acomodarse la sábana y el recuerdo de sus brazos flexionándose para empujarse más dentro de mí volvieron a mi mente provocando una reacción que no deseaba en la mañana. Respiré profundo sin poder creer lo que había pasado y le coloqué un dedo en la mejilla para asegurarme de que era real y que de verdad estaba durmiendo en mi cama.

Sabía que después de esto las cosas en el trabajo no serían igual y era lo único que hacía que mi corazón quisiese saltar de la tristeza hacia el vacío infinito. A pesar de haber sido la mejor noche que había tenido en años y que las cosas que se había encargado de restregarme en la cara no era ciertas mi mente no podía alejarse de ella y de cómo tendría que encararla.

Me asustaba el sólo pensarlo y por un momento mi mente consideró el sentirse arrepentida de lo que había pasado. Pero estaba cansada de hacerme sentir mal sólo por lo que pudiera pensar alguien a quien no le importaba. Sacudí mi cabeza y un movimiento a mi lado me hizo reaccionar.

La mano de Joy se deslizó por mi nariz y sonrió cuando la sostuvo entre sus dedos.

—Si estás aquí—dijo, aún con los ojos cerrados y mi corazón latió fuerte cuando lo hizo.

—Esta es mi casa, así que en realidad tú eres el que está aquí—dije, riendo, deteniéndome cuando me haló hacia sí.

—Shh, no lo arruines—me chitó plantándome un beso.

Acaricié su cabello, sin creerlo aún y cuando estuve segura de que se hubiese sumido en el sueño de nuevo me levanté para lavar mi cara. Mi boca estaba hinchada y tenía marcas de los labios de Joy por todo mi cuello. Me sonreí a mí misma y abrí la ducha para preferiblemente meterme a bañar.

Cerré los ojos, dejando que el agua me envolviera y pegué un brinco por lo fría que estaba. Mis manos tocaron mi cuerpo y me ericé recordando de la manera en la que él lo había hecho. Mordí mis labios, cada una de las imágenes apareciendo en mi memoria y la manilla de la puerta del baño me hizo pegar otro salto.

—Hola—saludó entrando, habiéndose puesto nada más que su bóxer.

—Ho...la—dije también sonriéndole mientras cubría bobamente las partes que había visto hasta decir basta.

— ¿Irás a trabajar hoy? —preguntó mientras se agachaba al lavamanos para mojar su rostro.

—Tengo qué—respondí, a regañadientes cuando el tema volvió a salir a la luz.

—Te llevaré—dijo, dedicándome una sonrisa y saliendo apenas hubo terminado.

—Tienes qué—bromeé para mí sola cuando la puerta se cerró.

Salí, tomando la toalla y secándome el cabello que había decidido no tomar forma hoy. Joy se había vestido y se encontraba parado junto con las fotos que tenía sobre la repisa que estaba debajo de mi ropa.

— ¿Ella es tú mamá? —preguntó, curioseando a la foto que mamá y yo nos habíamos tomado un día en que el sol estaba puesto de la manera más hermosa que lo podía recordar. Amaba la sonrisa de mi madre en esa foto y no podía describir lo feliz que había estado ese día donde sólo éramos ella y yo.

—Ajám—asentí, tomando una ropa interior de debajo de él junto con un pantalón.

—Te pareces mucho a ella —mencionó, sentándose junto a mí mientras me la colocaba.

—Lo sé, todos en el pueblo lo decían—asentí, sonriendo de medio lado.

Sus manos se juntaron hacia adelante detallando la foto y después de un largo silencio se atrevió.

— ¿Tu papá les hizo mucho daño? —preguntó, mientras me miraba.

No había hablado con nadie de eso en años así que su pregunta me tomó por sorpresa.

—No es mi papá—respondí tirando de mis vaqueros buscando una blusa entre mis cosas— pero sí, era un hombre malo. Nadie le hizo tanto daño como él.

— ¿Y a ti no?

—No lo sé, ya casi no lo recuerdo—me encogí de hombros, sin mentir.

Había tratado de oprimir su recuerdo durante años cuando se fue, para no tener que luchar también con los de mi madre. Se suponía que debía ser un apoyo, no un baúl que pudiera hacérselo volver a pensar.

Asintió, como si entendiera y tomé mi bolso de mano para aferrarme a él antes de que fuésemos a salir y le señalé con la cabeza la puerta para que

fuéramos afuera.

—Cherry—llamó, capturando mi atención y su expresión se enserió de repente—no dejes que nadie vuelva a pasar por encima de ti.

...

El camino hacia el trabajo se había hecho largo, recordándome lo mucho que no quería llegar y mi pecho junto con mi estómago se apretó cuando vi a Jennifer asomarse por la puerta mirándonos entrar. Me eché a un lado imaginando que Joy se movería a saludarla, pero en vez de eso tomó mi mano fuerte y le plantó un beso en la mejilla antes de pasar.

—Mónica—me llamó, haciéndome voltear como si de una orden inmediata se tratara —tengo que hablar contigo, ahora.

—No vayas, si no quieres ir no vayas—susurró Joy a mi costado dedicándome una mirada fría.

Mi corazón se apretujó por la presión que sentía y solté la mano de Joy, extrañando su tacto.

—Sólo será un momento, si iré.

—Cherry—reclamó y le asentí varias veces, como diciéndole que estaría bien.

—Dile a Hannah que ya llegué, debe estar preocupada.

—Recuerda lo que te dije en la mañana—dijo acercándose con su mano y dándome un beso en la mejilla.

Podía sentir la mirada furiosa de Jennifer detrás de mí y casi que podía oler el olor a quemado de mi blusa por detrás gracias a lo pulverizantes que habían sido sus ojos. Le sonreí, nerviosa y le asentí volteándome para encontrarme con lo que me esperaba.

Al igual que el camino al trabajo, el recorrido de donde había dejado a lo único que en este momento me hacía sentir segura hasta el lugar donde menos quería estar se hizo tan largo como era de esperarse.

Mis sandalias sonaron firmes contra el piso, pero no tanto como la bofetada que acababa de recibir cuando la cerradura de la puerta de la oficina de Jennifer sonó. Podía sentir como palpitaba mi mejilla y ni siquiera pude reaccionar a subir mi mano para defenderme.

—Te lo dije, te lo dejé claro—comenzó—una y otra vez. Te dije que te alejaras.

Sentí mi labio hincharse, esta vez no siendo por nada agradable. Una lágrima se asomó por mi mejilla y me asusté a la idea de que pudiera rebajarme de nuevo al mismo nivel.

—Pero como lo supuse, no me entendiste.

Mis dientes se apretaron, mis puños luchando por no subir.

—Y ahora mírate, hasta esto tienes—haló mi blusa con sus uñas y mis hombros se levantaron al sentir sus dedos contra mi cuello.

Me había rebajado muchas veces. Y me había quedado callada muchas más. Su presencia siempre había sido la única que me ponía los pelos de punta y sabía que si no hacía algo terminaría de la misma forma.

—No te hablé para que no me captaras Mónica, te hablé para que me obedecieras.

Las palabras de Joy pasaron por mi mente y por un solo segundo las voces en mi cabeza hicieron su trabajo.

Dilo. Dilo ahora. Vamos.

—Tú sigues mis órdenes.

Ahora.

—Tú mi empelada, yo tu jefa.

Ya.

—No eres mi jefa—dije, y el peso de mis hombros bajó como si un millón de costales hubiesen sido puestos y quitados de mi cuerpo.

— ¿Perdón? —bufó, su risa piteando en mis oídos.

—Ya no eres mi jefa—repetí, girándome a abrir la manilla.

— ¿Estás renunciando? —Volvió a bufar— yo te di trabajo, estúpida, no sabes hacer más nada. Te doy todo lo que necesitas.

—Y lástima—murmuré, subiendo la mano en cuanto vi que se aproximaba hacia mi cara— dime eso cuando si te cojas a alguien de verdad, perra— burlé, haciendo que sus ojos se exaltaran.

Tiré su mano hacia atrás y la lágrima que estaba buscando salir encontró su camino de nuevo hacia dentro y giré la manilla saliendo esta vez por completo.

— ¡Sí, sí, sí, sí! —gritó Hannah abalanzándose sobre mí apenas hube cruzado la puerta.

— ¡Hannah, hey! —me quejé sonriendo cuando su peso aplastó la energía del mío.

—No puedo creer que hicieras eso.

—Yo tampoco lo puedo creer—confesé, soltando una risa corta frunciendo los labios después.

—No pensé que me hiciera tan feliz el pensar en que otro lado nos veríamos, pero estoy orgullosa—sonrió, acariciando mi frente.

Epílogo

Mi casa no se sentía sola desde que Hannah había decidido venir todos los días desde que había dejado mi trabajo. La vida había estado siendo buena y ya no me sentía como una garrapata siendo aplastada. Lo cual era muy bueno, porque nadie en su sano juicio quisiera sentirse como una garrapata.

Había tenido tiempo para visitar a mi madre y a pesar de que Bob no estaba por cuestiones de trabajo me alegró ver que la sonrisa de mi madre había vuelto a ser la misma y que no había cambiado nada entre nosotras a pesar de lo mala hija que pude llegar a ser dejándola botada por un trabajo al que no tenía que haber ido desde el primer momento en que los insultos comenzaron a hacerse presentes y el sentimiento de sentirme menos comenzó a reinar.

Pero ahora era un hecho y podía estar segura de que estaba mejor de esa forma.

Y sí, sí de felicidad se trataba las cosas con Joy habían estado de maravilla, contando con que ni siquiera sabíamos en qué posición estábamos. Habían arreglado su coche y ya no tenía que luchar contra los bichos que quisieran meterse en mi nariz si íbamos contra todo viento. Solíamos vernos mucho todos los días y empezaba a asustarme ese mismo hecho, queriendo tener claro lo que estaba pasando.

No podía pedirle más a la vida, más que el frío que sentía por estar afuera esperándolo no estuviese tan tenaz.

—Sólo me tardaré un momento, lo prometo— dijo dando un suave beso en mis labios y asentí, abriendo los ojos de golpe para perderme en los suyos.

—Lo sé, hablaremos cuando vengas.

—Está bien—volvió a besarme apretando mis mejillas con sus dedos.

Lo empujé ligeramente y trotó hasta el pequeño supermercado donde se quedaría, y acaricié los asientos de cuero, pensando en cómo se lo preguntaría.

No era buena con las preguntas que me daba vergüenza hacerlas y mucho menos cuando sabía que las respuestas podrían darme más vergüenza. Pero si de algo estaba segura era que a veces una sola pregunta podía conducirte a algo que recordarías toda tu vida.

Como lo que pasó esta misma tarde en su coche, cuando un hombre lo detuvo al venir de camino hacia donde estaba.

Los músculos de Joy se habían tensado y supe de inmediato que lo que estaba pasando no podía ser algo bueno.

Solté mi teléfono en el asiento y abrí la puerta, dispuesta a averiguar qué pasaba. Las palmas de Joy manoteaban y su expresión parecía ser la misma que había tenido el día que habíamos ido al parque. Igual que si hubiese visto un fantasma.

Las voces de hombre resultaban escucharse más cerca cuando me hube acercado y la del hombre que ahora manoteaba con Joy, se me hizo extrañamente familiar haciendo que los vellos de mi nuca se erizaran cuando lo tuve más cerca.

Joy miró hacia el lado percatándose de mi presencia y de inmediato me mandó al coche.

—Cherry, vete ahora

— ¿Está pasando algo malo?

—No, yo resolveré esto, sólo vete ahora.

—Basta, ¿qué se supone que está pasando?

Mis cejas se arrugaron al sentir la actitud extraña de Joy e imaginé que tendría que ver con lo tanto que me había costado sacarle las cosas con las que prefería ser reservado.

Parecía bastante molesto, así que intenté tocarlo para calmarlo, pero sólo fui recibida por un apretón.

—Te explicaré después, ahora vete—ordenó esta vez.

—Joy, pero...—me interrumpieron.

—Vamos niña, te está diciendo que te vayas—murmuró la voz del hombre y de inmediato reconocí el por qué de su voz familiar.

Mi garganta se secó cuando hubo volteado ahogando un grito y mi pecho se apretujó contra lo frío que se encontraba mi estómago y mis órganos parecieron estar jugando a perseguirse entre sí dentro de mi cuerpo.

Mi mirada se nubló y puedo jurar que su mirada también se fue al piso.

—¿Papá?